

Contenido

1. Introducción	1
2. La proliferación de los barrios privados: contexto socioeconómico y transformación urbana en Argentina	4
3. Marco teórico	7
3.1 El espacio, el espacio urbano y la literatura	7
3.2 Ciudades textuales, cronotopos y espacios representacionales	9
3.2.1 Otros conceptos para el análisis de la ciudad textual	10
3.3 Construcción textual y narrativa del espacio urbano	11
3.3.1 La descripción, el narrador, los personajes y sus acciones y movimientos	12
3.3.2 Localización geográfica, constitución corográfica y especificación del ambiente	13
3.3.3 Los paratextos	14
3.3.4 Breve excursio sobre el lenguaje en la topología	14
3.4 Los límites y la seguridad	14
3.4.1 Límites visibles e invisibles, concretos y abstractos	15
3.4.2 Estadidad limitada y negociada: la construcción de la (in)seguridad y de un “otro” amenazante	16
3.4.3 Resabios del colonialismo en el orden social poscolonial	18
3.4.4 Los límites en la literatura	19
4. La ciudad textual de <i>El muro</i>	20
4.1 Relato coral e instancia narrativa en <i>El muro</i>	20
4.2 Personajes y transgresión de límites en <i>El muro</i>	21
4.3 Descripción, localización geográfica, constitución corográfica y especificación del ambiente en <i>El muro</i>	24
4.4 Los paratextos en <i>El muro</i>	28
5. Los capítulos y el espacio cerrado (in)seguro en <i>El muro</i>	30
5.1 “El lado oeste” (primer capítulo de la novela)	30
5.1.1 La especificación del ambiente y la construcción de una imagen de inseguridad	30
5.1.2 Construcción espacial y social de las diferencias y los límites.	31
5.1.3 Legitimación y negociación de la violencia policial	32
5.1.4 El “otro” amenazante y desconocido	33

5.2 “Más allá del muro” (segundo capítulo de la novela)	35
5.2.1 Límites sociales y espaciales	35
5.2.2 Clasificaciones sociales y lógica propia	36
5.2.3 La desigualdad social como legado del colonialismo	37
5.3 “El lado este” (tercer capítulo de la novela)	39
5.3.1 Espacio restringido y mantenimiento del orden social	39
5.3.2 Inseguridad urbana, Estado negociado y corrupción	40
5.3.3 El proceder policial y la (in)seguridad urbana	41
5.3.4 La construcción de un “otro” amenazante	42
5.4 “Un muro demasiado lejos” (cuarto capítulo de la novela)	43
5.4.1 Diferentes tipos de “muros”	43
5.4.2 Clasificaciones y distinciones sociales en pos de la reproducción del orden social	44
5.4.3 El desconocimiento y la imagen incompleta del “otro”	45
5.4.4 Construcción de la (in)seguridad	46
5.5 “Intramuros” (quinto capítulo de la novela)	46
5.5.1 Los residentes del barrio cerrado y los usos del espacio urbano	47
5.5.2 La seguridad como un sistema mediado	48
5.6 “Las voces del muro” (sexto capítulo de la novela)	50
5.6.1 Miedo al desconocido, falta de interacción	50
5.6.2 Los muros y otras construcciones de exclusión	51
6. Reflexiones sobre el análisis de la novela	52
6.1 El análisis por capítulos de la novela	52
6.2 El análisis de la ciudad textual en <i>El muro</i>	56
7. Conclusión	58
Bibliografía	62
Erklärung der Eigenständigkeit	64

1. Introducción

En la década de los ochenta del siglo pasado comienza a transformarse el paisaje urbano en Latinoamérica. En Argentina, así como en otros países latinoamericanos, esta transformación va acompañada de cambios en lo social y en lo económico. Políticas neoliberales conducen a mayores diferencias socioeconómicas entre las distintas clases sociales. Mientras unos se benefician de las nuevas políticas, otros sufren los cambios y se empobrecen, aumentando el desempleo y la criminalidad. La configuración de la ciudad se adaptó a este nuevo desarrollo, dando lugar a una mayor exclusión, pobreza y marginalidad. La privatización de empresas estatales y de servicios, la apertura a inversores internacionales y la creciente ausencia del Estado en la planificación urbana posibilitó una marcada tendencia a la fragmentación y segregación espacial (cfr. Janoschka / Borsdorf 2006: 95-96).

En este contexto surgen los barrios cerrados en grandes y pequeñas ciudades en Argentina como una opción ideal para las clases media y alta, que buscan tranquilidad, más espacio, protección y seguridad en su vida diaria. Integrando cada vez más funciones que antes ejercía el Estado, los barrios cerrados cuentan con servicio de vigilancia permanente y controles de acceso, servicios provistos frecuentemente por empresas privadas. Así, sus residentes adquieren una sensación de seguridad y distancia respecto a la criminalidad y al “afuera” considerado como una amenaza (cfr. 95, 96, 100, 104). Se crea, en este sentido, una “inseguridad imaginada” que atrae a vecinos a mudarse a estos barrios sintiéndose privilegiados.¹ Los mismos medios de comunicación y las compañías de bienes inmuebles se habrían ocupado de propagar esta idea de seguridad y exclusividad (cfr. 106, mi traducción).

En este trabajo, a nivel general, se analizará la representación del espacio urbano del barrio cerrado en *El muro*, novela de la escritora argentina Maristella Svampa publicada en 2013 que da cuenta de algunas de las inquietudes que provocó la creación de barrios privados en este país. A nivel particular, el análisis parte de la hipótesis de que el barrio cerrado de *El muro*, lejos de ofrecer un ideal de seguridad para sus habitantes, es un ejemplo de creación de una “seguridad” que no necesariamente conduce a un ambiente más protegido y que no constituye un privilegio sino una

¹ Véanse a modo de ejemplo las siguientes noticias al respecto:

https://elpais.com/internacional/2014/12/20/actualidad/1419113092_143703.html

<https://www.lanacion.com.ar/propiedades/la-decision-mudarse-departamento-ciudad-barrio-privado-nid2267262>

<https://www.lanacion.com.ar/sociedad/como-funcionan-los-controles-en-los-barrios-privados-nid1188211>

https://www.clarin.com/policiales/mito-crear-barrio-privado-seguro_0_rJ_q9Umjl.html

<https://www.lanacion.com.ar/propiedades/razones-para-quedarse-nid943734>

<https://countrylujan.wordpress.com/2010/05/03/barrios-cerrados-y-countries-razones-para-mudarse-a-uno/>

<https://www.lacapital.com.ar/estilo/la-vida-un-country-es-vivir-una-manera-diferente-n254053.html>

restricción. Así, la vida cautiva en este espacio no constituiría un beneficio sino una pérdida: una pérdida de derechos, de libertades, de privilegios, de espacios, de relaciones y hasta de seguridad.

Sin embargo, esto no significa que en este trabajo se sostenga la literatura como una reproducción o reflejo de la realidad. Siguiendo a Locane (2016) cuando afirma que la literatura no pretende “refleja[r]” la realidad sino “ejerce[r] acciones simbólicas” (20), será el objetivo de este trabajo enriquecer el debate sobre problemáticas urbanas y ofrecer una posible alternativa para comprender la dinámica de seguridad y clausura de los barrios cerrados. Como han señalado Janoschka y Borsdorf (2006), aún no se ha debatido lo suficiente sobre las problemáticas urbanas actuales (cfr. 106). Es decir, faltan aproximaciones críticas sobre la ciudad latinoamericana de los últimos años. Los enfoques aplicados a los análisis de ciudades como las de Roberto Arlt, Alejo Carpentier, Mario Vargas Llosa o Carlos Fuentes ya no resultan suficientes para la ciudad de hoy (cfr. Locane 2016: 39, 102). Por lo tanto, enriquecer el debate significa identificar enfoques alternativos propuestos o implícitos en la literatura sobre el espacio urbano que influirán en la concepción del espacio extratextual, brindando nuevas posibilidades de entenderlo o reconfigurarlo, sujetándolo a la crítica, confirmándolo o cuestionándolo y modificándolo. En otras palabras, se parte de la convicción de que la literatura puede contribuir a recrear el espacio que refiere (cfr. 69, 80).

De esta manera, las transformaciones urbanas de las últimas décadas no han pasado inadvertidas por la literatura latinoamericana. A partir de la década de los noventa también la literatura participa en las representaciones urbanas, poniendo en foco la “nueva” ciudad producto de los cambios históricos² (cfr. Tozzi 2017: 70-71; Ludmer 2004). Como resultado, los estudios literarios también se ocupan de analizar las representaciones literarias de los nuevos espacios urbanos, tematizando la pobreza y la marginalidad (cfr. Tozzi 2017), las villas miserias (cfr. Bonacic 2014; Forcadell 2009), la fragmentación y las diferencias sociales (cfr. Jajamovich 2008), la isla urbana (cfr. Ludmer 2004), o la ciudad en tiempos de globalización y neoliberalismo (cfr. Locane 2016: 69).

En este contexto, en *El muro* la historia sucede en una ciudad imaginaria de la Patagonia argentina donde hace algunos años se construyó un muro para delimitar un barrio privado. En el lado oeste del muro se extiende el acomodado barrio amurallado mientras del lado este sus habitantes viven en condiciones precarias, luchando por el espacio y con pocas perspectivas de futuro. Un día, jóvenes del lado este irrumpen en el barrio cerrado cometiendo una serie de asaltos a mano armada en distintos domicilios del barrio. Uno de los delincuentes muere al ser disparado por la policía. Con estos eventos, la “aparente tranquilidad” (Svampa 2013: 13) del exclusivo barrio se desmorona, como así comienza a hacerlo simbólicamente el muro, posibilitando nuevos enfoques sobre las relaciones

² Por ejemplo, por nombrar algunos casos argentinos: *La Villa* (2006) o *Las Noches de Flores* (2005) de César Aira, *Puerto Apache* (2002) de Juan Martini o *Urbana* (2003) de Rodolfo Fogwill.

sociales y los espacios. Los habitantes de este espacio cerrado, que hasta ahora se sentían seguros y privilegiados, empiezan a experimentar preocupación e inseguridad.

Como socióloga y escritora, Svampa ya se había interesado más de una década antes de la publicación de *El muro* (2013) por este tipo de espacios. En 2001 publica su estudio *Los que ganaron. La vida en los countries y barrios privados*. En este trabajo se ocupa del desarrollo de estos barrios en Argentina, así como de sus implicancias sociales y políticas. Algunas de sus ideas se usarán en este análisis junto a otras fuentes para abordar, por ejemplo, los inicios de estos barrios en la realidad y los modos de socialización dentro de los mismos y con otros espacios.

De esta forma, este trabajo comenzará con el contexto en el que surgen los barrios cerrados, para continuar con un marco teórico donde se definirá espacio y espacio urbano, la ciudad textual, los elementos narrativos que pueden construir el espacio en la novela y los abordajes sobre teorías de límites y las políticas de seguridad. A partir del cuarto capítulo se iniciará el análisis de *El muro*. Primero se analizará cómo el medio “novela” crea los espacios urbanos en cuestión. El quinto capítulo se dedica al análisis de los capítulos de la novela y la creación del espacio (in)seguro, aplicando sobre todo la teoría de límites y la política de seguridad. Aquí se manifiestan las restricciones espaciales y sociales, las diferencias sociales, el rol limitado del Estado, la función de instituciones estatales, como la policía, y privadas, así como la percepción del “otro”³ como factores influyentes en la (in)seguridad. En el sexto capítulo se resumen las ideas clave analizadas y se sacan conclusiones preliminares sobre los análisis del cuarto y quinto capítulo de este trabajo. Finalmente, en el séptimo capítulo, se concluirá el trabajo con los resultados más importantes del análisis.

Desde los enfoques de la teoría literaria en general, así como de la narrativa, del estudio de límites y de la política de seguridad en particular, el análisis de la obra *El muro* y su espacio se llevará a cabo con la ayuda del *close reading* (cfr. Nünning / Nünning 2014: 43). Enfocado en el texto, este método y esta combinación de perspectivas permitirá una lectura profunda de algunos pasajes de la novela que señalarán algunos aspectos formales (cfr. cap. 4 de este trabajo), así como diversos significados en la narración del barrio cerrado y su seguridad (cfr. cap 5 de este trabajo).

En el abordaje de este análisis se recurrirá a fuentes secundarias como *Miradas Locales en Tiempos Globales. Intervenciones literarias sobre la ciudad latinoamericana* de Jorge J. Locane (2016), así como a los artículos de Josefina Ludmer (2004) sobre la isla urbana, y de Michael Janoschka y Axel Borsdorf (2006) sobre el desarrollo de los barrios privados en América Latina. De

³ En este trabajo se utilizará “otro” (con minúscula) como lo suelen hacer algunos críticos de los estudios postcoloniales para referir a “los otros” (personas, grupos, sectores sociales, etc.) diferentes y frecuentemente excluidos, legado de la construcción imperial de “otros”, sin atender a la distinción lacaniana entre “Otro” y “otro” (Ashcroft, Bill, et al. 2007: 156). Se lo escribirá entre comillas (“otro”) a fin de distinguirlo claramente del pronombre habitual del español que no está dotado de las connotaciones del “otro” “poscolonial”.

particular importancia para el análisis sobre la configuración del espacio en la novela será “Raum und Erzählung” de Birgit Neumann (2015), y para el análisis sobre la seguridad y la delimitación de espacios contarán espacialmente los aportes de Markus-Michael Müller (2012) así como los de David Newman (2007).

2. La proliferación de los barrios privados: contexto socioeconómico y transformación urbana en Argentina

En la década de los ochenta tiene lugar la vuelta a la democracia en varios países de Latinoamérica, incluida Argentina. Esto va acompañado de un desarrollo capitalista y neoliberal que conlleva la apertura a los mercados internacionales y la privatización de empresas y servicios hasta entonces estatales (cfr. Janoschka / Borsdorf 2006: 95). Como resultado, se produce, sobre todo a lo largo de la década de los noventa, una “reestructuración global del Estado”, basada en políticas de disminución del gasto público, “la descentralización administrativa, [...] la desregulación y privatización”, entre otros (cfr. Svampa 2005: 35). El vínculo entre lo público y lo privado cambia y la compra de empresas estatales tiene lugar en parte mediante acuerdos corruptos entre empresas nacionales, transnacionales y diversos actores políticos (cfr. 37).

Las políticas neoliberales condujeron a un gran crecimiento económico para una parte de la sociedad, mientras que en otros sectores produjeron el aumento del desempleo, generando una gran “polarización social” (cfr. Janoschka / Borsdorf 2006: 95, mi traducción) y la aplicación de políticas asistencialistas (cfr. Svampa 2005: 37). En Argentina, a los procesos de expansión le siguieron etapas de recesión, por lo que las diferencias sociales se incrementaron rápidamente (cfr. Janoschka / Borsdorf 2006: 95). El Estado dejó de fomentar la cohesión social, así como de garantizar la seguridad para todos los habitantes (cfr. Svampa 2008: 83). Tampoco incluyó estrategias que consideren a todos por igual (cfr. 188). Ante esta situación, el Estado se concentró en reforzar su imagen de “Estado de Seguridad”, fortaleciendo el “sistema represivo institucional” para poder controlar a través de las funciones de la institución policial a los más desamparados, “repr[imiendo] y criminaliza[ndo] el conflicto social” (Svampa 2005: 38). Al mismo tiempo, esto estuvo asociado con “la criminalización de diversas categorías sociales, desde jóvenes pobres y minorías extranjeras, hasta organizaciones político-sociales movilizadas” (38). Bajo estas condiciones se gesta en Argentina una “sociedad excluyente”, marcada por “desigualdades” en todos los niveles (cfr. 12). En esta lógica exclusiva, incluso los usos de la ciudad por parte de sus habitantes, así como las características físicas o étnicas de determinados grupos sociales tienen un impacto en la inequidad social y la dispar distribución del espacio urbano (cfr. Margulis 2002: 527, 528).

En el planeamiento urbano el Estado tampoco intervino y dejó su desarrollo en manos de inversores privados. Como consecuencia, surgen barrios exclusivos que dependen del transporte privado. Así, el auto se convierte en el medio de transporte preferido (cfr. Janoschka / Borsdorf 2006: 95-96). Estos cambios fomentaron la “fragmentación y la segregación espacial” (96, mi traducción), si bien la fragmentación se habría iniciado entre los mismos ciudadanos, quienes adoptaron comportamientos crecientemente individualistas, para luego extenderse al nivel espacial, fragmentándose el territorio (cfr. Pérgolis 2005: 28). De esta manera, la pertenencia a un grupo social se relaciona asimismo con la pertenencia a un espacio determinado. Con el crecimiento de las ciudades, estos espacios bien diferenciados quedaron ubicados uno junto al otro (cfr. Janoschka / Borsdorf 2006: 96).

En este contexto comienzan a cercarse algunos barrios y emplear vigilancia privada, dando origen a los barrios privados y amurallados (cfr. 96; Svampa 2005: 49). Para el año 2002 ya existían solo en la capital argentina al menos cuatrocientos cincuenta barrios o ciudades cerradas (cfr. Janoschka / Borsdorf 2006: 102). La idea se había expandido a ciudades de tamaño medio y pequeño, como Córdoba y Gualaguaychú, respectivamente (cfr. 103). Estos barrios se caracterizan por su homogeneidad, su carácter segregado y su estricta vigilancia (cfr. 96). Además, estos espacios son accesibles únicamente para la clase media y alta, contando con instalaciones de toda índole, ocupando áreas del tamaño de una ciudad e incluyendo cada vez más funciones urbanas (cfr. 99). De esta manera, se transforma el espacio urbano y se excluye crecientemente a las clases bajas no solamente mediante muros sino también a través de restricciones al acceso a recursos e instalaciones (cfr. 96, 99). A su vez, el estilo de vida fomentado en los barrios privados hace que sus habitantes no perciban lo que realmente sucede en la sociedad toda, viviendo como en una “burbuja”, mientras sus vecinos excluidos luchan afuera por sobrevivir (cfr. 105; Svampa 2008: 111). Esto conduce al mismo tiempo a una disminución en la solidaridad entre los distintos sectores sociales (cfr. Janoschka / Borsdorf 2006: 105).

En este ambiente segregativo emerge lo que Svampa (2008) denomina “la sociabilidad del “entre nos”” (cfr. 14, 126). Los residentes de estos barrios tienden a relacionarse exclusivamente con sus semejantes. Esta homogeneidad se refleja en el ámbito de lo social, lo racial (cfr. 13), lo residencial (cfr. 14), así como lo educativo (cfr. 115). Esta práctica conduce a mantener una distancia respecto a los vecinos considerados ajenos a ese grupo aparentemente uniforme (cfr. 112). Así, las relaciones entre los residentes de los barrios cerrados y los “abiertos” es meramente laboral, donde los últimos ingresan al barrio privado para trabajar en diferentes servicios para los residentes (cfr. 213). El contraste social y jerárquico se revela aún más cuando estos empleados deben vestir uniformes y portar credenciales para poder ingresar en estos espacios (cfr. 213, 216-217).

Entre las razones generales del incremento en el número de barrios cerrados se encuentran la “globalización y el miedo a la criminalidad” (Janoschka / Borsdorf 2006: 100, mi traducción). Sus habitantes se encierran en busca de mayor protección, excluyendo a los que viven afuera y percibiendo a estos como un permanente riesgo a su orden excluyente y cerrado (cfr. Margulis 2002: 527). Sin embargo, esta inseguridad habría sido promovida por los medios de comunicación y las empresas de bienes inmuebles (cfr. Janoschka / Borsdorf 2006: 106), por lo que el discurso del miedo y la inseguridad habitualmente acompaña la propaganda de los barrios cerrados (cfr. 102).

Entre los otros motivos para la creación de los barrios privados destacan la incapacidad del Estado para proveer servicios e infraestructura y la oferta del barrio de suplir estas falencias, así como el anhelo de un estilo de vida diferente en un espacio “socialmente más homogéneo” (cfr. 104, mi traducción), consolidando la pertenencia de la familia a un sector social determinado (cfr. 105). Además, el contacto con la naturaleza y el restablecimiento de formas de socialización barriales que se perdieron con el tiempo, donde los vecinos se conocían, conversaban entre ellos y se tenían confianza, parecen ser argumentos igualmente relevantes (cfr. Svampa 2008: 84, 87).

No obstante, también existen particularidades históricas de la clase alta latinoamericana que influyen en este desarrollo. Desde la época colonial existen en Latinoamérica ciudades que tienden a la clausura, influencia de las ciudades europeas. En ese entonces, si bien las ciudades no estaban amuralladas, usualmente eran cerradas en su interior, por lo que las casas tenían un patio en el centro, había pautas sobre los lugares permitidos para los huéspedes y hasta mediados del siglo XIX sus ventanas eran pequeñas para ofrecer más privacidad (cfr. Janoschka / Borsdorf 2006:100). Los antecedentes tendientes a la clausura continuaron, por ejemplo, a fines del siglo XIX, con los “conventillos” y, cerca de mediados del siglo XX, con los *country clubs*, con vigilancia en su ingreso (cfr. 100-101).

De cualquier modo, como consecuencia de esta nueva configuración urbana, desaparecen los espacios públicos como posibilidad de entrar en contacto con vecinos pertenecientes a otras clases sociales (cfr. 105; Pérgolis 2005: 31-33). Al respecto, Mario Margulis (2002) advierte que en la sociedad actual el espacio público se percibe como adverso porque ya no permite el vínculo social:

[r]etroceden las relaciones entre vecinos, la calle ya no es usada por familias que sacan su silla a la vereda, por chicos que juegan, sino que la calle, la vereda, niegan cada vez más su espacio para lo apacible, lo íntimo, lo sociable. La calle es un lugar de transacciones, de pujas, de circulación, de comercio, de compra-venta. En la calle hay que estar atento, defenderse (Margulis 2002: 531).

Al no haber espacios donde compartir e interactuar y al vivir desconfiados o temerosos los ciudadanos se aíslan y permanecen más en sus casas y tienen menos contacto con el exterior. Esta distancia es incentivada aún más por los medios de comunicación que habilitan un sistema de “simulacros” respecto a la “interacción”, la “política”, la “opinión pública” (cfr. 532). Así, “lo público se

experimenta en privado” (Margulis 2002: 532; cfr. Pérgolis 2005: 33), lo cual acentúa el carácter insular propio de los barrios cerrados (cfr. Janoschka 2002: 23).

Asimismo, tomando como ejemplo la zona de Nordelta de Buenos Aires, un complejo urbano cerrado con cerca de treinta barrios, se observa que allí los espacios públicos son en realidad “pseudo públicos” (cfr. Janoschka y Borsdorf 2006: 93, mi traducción). Tienen un centro cívico y ofrecen oportunidades de entretenimiento que crean una sensación de “ciudadanía local” y de interacción con la sociedad, mientras los únicos a quienes se les permite visitar esos espacios son los residentes de la zona cerrada. Por lo tanto, las relaciones sociales en estos nuevos espacios urbanos están muy bien controladas (cfr. 93, mi traducción).

Como se ha anticipado en la introducción, los cambios en las ciudades influyen la forma en que la ciudad es representada en la literatura (cfr. Tozzi 2017: 69). Para poder analizar la representación de los nuevos espacios urbanos en la obra literaria *El muro*, en el próximo capítulo se dará cuenta de los conceptos y perspectivas urbanas en que se basará este análisis.

3. Marco teórico

3.1 El espacio, el espacio urbano y la literatura

Para poder trabajar con la categoría espacial se definirá primero desde qué perspectiva se estará observando el espacio. Además, como este trabajo trata de un análisis literario sobre el espacio urbano, es necesario señalar cómo la literatura se relaciona con el mismo y puede, incluso, influir la percepción que se tiene al respecto.

En las últimas décadas ha cambiado la manera en que se considera el espacio. Con el “*spatial turn*” se produce un cambio profundo que abandona la idea del espacio como “contenedor” de “tradiciones, identidad cultural o [...] patria” (cfr. Bachmann-Medick 2019: s/p, mi traducción). Rompiendo con nociones culturales preestablecidas, este cambio conduce a una revisión tanto de la noción de espacio como de cultura. Ya no se piensa en el espacio como un lugar donde pertenece una cultura. En lugar de reflexionar sobre el espacio territorialmente, este se define ahora relacionamente, es decir, está definido por relaciones sociales por las cuales se crean conexiones, en éste y con otros espacios, contradicciones y diferencias. Este nuevo enfoque conduce a repensar categorías espaciales como las de límite o frontera, que con este giro se vuelven más abarcadoras y negociables y que serán de gran importancia en este trabajo (véase cap. 3.4 de este trabajo).

Interesante es también el concepto de “*spatial justice*” que remite a la injusticia en la distribución del acceso a los espacios, tema que será evidente en la novela que compete este trabajo (cfr. Bachmann-Medick 2019: s/p, mi traducción). Asimismo, en las sociedades capitalistas, la inequidad social y espacial, así como los conflictos sociales en general se relacionan con la

configuración del espacio en la ciudad (cfr. Wiegand 2017: 224). Interpretando la idea de “*social justice*” en la ciudad de David Harvey, Felix Wiegand (2017) reconoce que la “estructura geográfica de los mercados de trabajo e inmobiliarios, la desigualdad de oportunidades de movilidad social y económica y la influencia de grandes grupos de intereses” se encuentran entre las causas más significativas de “la segregación socio-espacial” (cfr. 224, mi traducción). En este contexto, la configuración urbana, por medio de la cual la clase dominante ejerce control sobre el espacio urbano para perpetuar su posición en la sociedad, depende de la circulación de capital y su plusvalía (cfr. 227, 231).

En relación al “*spatial turn*” y al “*cultural turn*” surgen otros momentos cruciales relevantes como el “*material turn*”, que vale mencionar aquí brevemente. Este remite a la materialidad de los espacios y recuerda que ellos no son abstractos, no son simples signos o símbolos que se presentan en lugar de otra cosa, sino que existen en el mundo empírico y por eso pueden ser modificados o destruidos y pueden afectar en forma concreta, material, al hombre (cfr. Bachmann-Medick 2019: s/p, mi traducción).

Esta nueva interpretación del espacio requiere de un trabajo inter y transdisciplinario. Por su parte, la literatura, “en tanto máquina de conceptualizar mecanismos identitarios” prestará atención a la nueva situación urbana resultante de la globalización y el neoliberalismo y caracterizada por una dispar distribución de recursos, así como a herramientas que permitan identificarse con la nación o la ciudad (cfr. Locane 2016: 51). Como se aclaró en la introducción, las ciudades ficcionales no reflejan ni imitan las ciudades reales. Al contrario, la literatura crea “imágenes parciales” de las ciudades que son “recursos simbólicos desde donde los significados vinculados al espacio de sociabilización cotidiana pueden ser corroborados, discutidos, corregidos, desplazados y/o ampliados” (69). Esto quiere decir que la ficción, aun cuando le es imposible representar en forma total el espacio urbano, tiene la capacidad de darle visibilidad a sus problemáticas, cuestionarlas, generar controversia, así como cambios en la forma en que se perciben estos espacios en el mundo real. Por eso, también se habla del “carácter performativo” de muchos textos literarios, los cuales buscan revelar el espacio extratextual y actuar sobre él (cfr. 80).

Asimismo, y al contrario del discurso científico que intenta abordar la realidad de forma objetiva y fiel a los hechos, si la literatura muestra solo una parte de la ciudad (“imágenes parciales”) y lo que crean las ciudades textuales es siempre un “efecto de lo real”, significa que a veces refiere más y a veces menos al mundo “extratextual” y recrea este mundo con la ficción. Este carácter es lo que otorga a la literatura un “poder analítico y crítico” invaluable y que frecuentemente supera la capacidad crítica de los textos no literarios. Por este motivo, la literatura posee un privilegio a la hora de develar e intervenir en las problemáticas urbanas latinoamericanas de las últimas tres décadas. Así,

acercándose al referente extratextual o alejándose de él, propone siempre una alternativa de lectura de los fenómenos urbanos (cfr. Locane 2016: 74, 70-71).

3.2 Ciudades textuales, cronotopos y espacios representacionales

En este capítulo se expondrán conceptos que ayudarán a reflexionar sobre la ciudad representada y recreada por la literatura después de 1990. Insistiendo en un enfoque abarcador, que contemple el todo en el análisis de la literatura urbana contemporánea y que favorezca un enfoque sobre la manera en que la literatura puede intervenir en el mundo extraliterario, Locane (2016) ofrece un interesante marco teórico que se aplicará, junto a otros aportes, a este trabajo (cfr. 42). Parte del concepto de ciudades textuales de Andreas Mahler, pero relacionando este con el modelo lefebvriano y remitiéndose a la idea de cronotopo de Mijail Bajtin, atendiendo a los desafíos que supone el análisis de la “nueva” literatura urbana latinoamericana (cfr. 69-95).

La nueva manera de ver a la ciudad en la literatura acentúa su carácter protagónico. En este sentido, Locane retoma la definición de Mahler de las ciudades textuales y afirma que ““textos de ciudad”⁴ [son] todos los textos en los cuales la ciudad - apoyada en recurrencias semánticas o referenciales - es el tema dominante”. Así, destaca que la ciudad ya no puede ser considerada como un simple “escenario” que sirve al desarrollo de “otro tema” sino que es un tema en sí (cfr. 35; Mahler 1999: 12). De esta manera, la ciudad y su constitución en los “textos de ciudad” cumple un rol muy importante, cuyas funciones en la producción de la narración se abordarán de manera más específica en el capítulo 3.3.

De acuerdo al modelo lefebvriano, el espacio está formado por tres elementos: las “prácticas espaciales”, las “representaciones del espacio” y los “espacios representacionales” (cfr. Lefebvre 1991: 33, 38-39). Las “prácticas espaciales” refieren a, valga la redundancia, prácticas que llevan adelante los usuarios o habitantes de ese espacio. Las “representaciones del espacio” son las llevadas a cabo por “arquitectos, urbanistas [y] diseñadores” cuando planean y “diseñ[an]” esos espacios. Por último, los “espacios representacionales” remiten a las “operaciones simbólicas y rituales tendientes a la resignificación y reapropiación de los espacios destinados en principio a ser experimentados pasivamente por los usuarios” (Locane 2016: 91). Estos últimos son los más relevantes para la literatura, ya que posibilitan resignificar y recrear espacios. Así, los “espacios representacionales” provocados por las ciudades literarias influyen, y a veces cuestionan, las representaciones del espacio y sus prácticas, afectando de esta manera el espacio empírico, cuestionando, en definitiva, los patrones vigentes que regulan el espacio real (cfr. 91-92).

⁴ Original “Stadttexte”

A esta idea, se le suma la de “cronotopo” de Mijail Bajtin. El “cronotopo” es un concepto literario que remite a la “unidad de tiempo y espacio” que supone siempre una valoración (cfr. Locane 2016: 93). Es decir, incluye una “crítica” sobre el espacio real, así como, al mismo tiempo, la “representación” de un espacio también incluye una apreciación de ese espacio que pretende representar. Por consiguiente, los “espacios representacionales”, aunque no pretendan la referencialidad, en su resignificación constituyen una valoración de aquello que representan y que se encuentra en el mundo extratextual, es decir en las prácticas o representaciones espaciales, por ejemplo, para explicarlo en términos lefebvrianos. De esta manera, el “cronotopo” también conecta el texto con el mundo extraliterario (cfr. 93, 104). Así, “el cronotopo [...] se proyecta hacia el exterior del relato como reelaboración crítica del espacio referido” (cfr. 105).

Por lo tanto, las “ciudades textuales” se presentan como “cronotopos” y se integran al modelo de Lefebvre, reestructurando un modelo para el análisis literario: las “ciudades textuales” contribuyen al desarrollo de los “espacios representacionales”, ayudando a producir el “espacio social” a través de imágenes simbólicas que influenciarán con su crítica el mundo real (cfr. 94-95).

3.2.1 Otros conceptos para el análisis de la ciudad textual

Ludmer (2004) advierte que las ciudades, ficcionales o reales y drásticamente fragmentadas, poseen a su vez espacios como “áreas, edificios, habitaciones que funcionan como islas”. Estas islas funcionan con sus propias reglas y poseen “sujetos” y características particulares. Aparecen como “abierta[s]”, ya que se puede ingresar a ellas “como si [...] fuera[n] pública[s]”, si bien sus fronteras están bien demarcadas y acentúan un “adentro” y un “afuera” de la ciudad (cfr. 105).

Así, “[s]i la isla urbana en América Latina es la ficción de un territorio que se puede desterritorializar, abandonar, y destruir, la literatura ya no es manifestación de identidad nacional y territorial” (107). Esto sucede porque la ciudad, o sus islas o fragmentos, se manejan de forma autónoma y refieren más hacia adentro que, como antes, hacia afuera, hacia lo nacional, formando más bien una agrupación de partes heterogéneas y ya no, como se creía anteriormente, un todo homogéneo (véase la interpretación del espacio como “contenedor” en cap. 3.1 de este trabajo). Por este motivo, se afirma que dentro de la isla se empañan las diferencias mientras que fuera de ella, “en la ciudad” (“la sociedad, lo global, la nación”) se acentúan (cfr. 106). Este aspecto, como se verá a continuación, se relaciona con la interpretación de “cronotopo” que hace Locane (2016) para interpretar la ciudad actual, al que va a llamar “cronotopo posnacional” (cfr.103).

Así, a través del concepto “cronotopos posnacionales”, Locane repiensa las categorías de “nación” y de “ciudad”. Estos cronotopos son “dispositivos de *segregación* que se definen por su *dinámica interna* y acaso por sus propias contradicciones” y “que *prescinden* de cualquier interacción

con un *contexto nacional* o siquiera externo” (Locane 2016: 41, 82, mi énfasis). Es decir, que los “cronotopos posnacionales” ya no remiten a ese referente externo mayor que era la nación (aspecto que, como se señaló recién, ya había advertido Ludmer al hablar del carácter de isla de la ciudad). En su lugar, “miran” más bien hacia adentro, y se centran más en los márgenes y diferencias, dificultando la comunicación “entre heterogéneos”. Así, en los nuevos cronotopos literarios no hay espacios que posibiliten el encuentro entre los diferentes, no hay “vías de comunicación sino únicamente vacíos, zonas innombradas, entre islas [...] indiferentes entre sí” (106). En este punto, recuérdese que en la ciudad factual actual se pierde el carácter abierto y público de la ciudad (cfr. Janoschka 2002: 24). De esta manera, en la literatura se trata de “cronotopos” “posnacionales” y “posurbanos” y se habla de “ciudades” más que de “la ciudad” (cfr. Locane 2016: 106).

En este contexto se retoma el concepto lefebvriano de “derecho a la ciudad”, una de las contribuciones más destacadas para el análisis de literatura latinoamericana. Se lo define como “el poder colectivo de darle forma al espacio [urbano] según las necesidades específicas y heterogéneas de sus usuarios” (87). La “lucha” por este derecho se torna más ferviente a partir de los años noventa, lo cual habría recreado el interés por la ciudad e incentivado la abundancia de “textos de ciudad” que caracterizan esta etapa (cfr. 70).

3.3 Construcción textual y narrativa del espacio urbano

Gran parte de los expertos coinciden en que en la teoría narrativa no hay un único y acabado conjunto de estrategias para el análisis del espacio en la literatura (cfr. Neumann 2015; Nünning 2009, entre otros). Hasta hace poco, la categoría del espacio había sido relegada y asociada a la descripción, mientras que otras categorías como el tiempo tenían un rol más relevante. Sin embargo, actualmente se concibe al espacio como significativo para la creación del relato, cumpliendo un rol importante en la narración. Más allá de ser un simple “escenario” donde se desarrolla la acción (*setting*), el espacio cumple funciones decisivas en la “acción, la caracterización de los personajes y la negociación del sistema de valores del mundo ficcional” (cfr. Neumann 2015: 96, mi traducción; véase también Nünning 2009: 46). Así, los espacios literarios son áreas “semantizadas”, portadoras de significados que crean un ambiente determinado, así como manifiestan nociones culturales (cfr. Neumann 2015: 98, mi traducción).

Existen diferentes procedimientos para la producción del espacio literario. Aquí se expondrán aquellos que de acuerdo a la novela elegida serán los más útiles para su análisis. Los primeros abordarán la descripción, el tipo de narrador, así como los personajes y sus movimientos (cfr. Neumann 2015; Nünning 2009). Más adelante se tratarán la localización geográfica, la constitución coreográfica y la especificación del ambiente (cfr. Nitsch 2015).

3.3.1 La descripción, el narrador, los personajes y sus acciones y movimientos

La descripción caracteriza el espacio de una manera determinada y no supone una especificación inocente de un lugar, sino que implica una apreciación o valoración del mismo. De esta manera, se dota al espacio de significados, así como de un ambiente específico⁵ que a menudo se relacionan con el estado de ánimo de los personajes y/o funcionan como desencadenante de acciones (cfr. Nünning 2009: 46; Neumann 2015: 99).

Asimismo, el tipo de narrador también puede influenciar la configuración del espacio. Por ejemplo, en el caso de una “instancia narrativa heterodiegética” la narración será en forma “panorámica” desde una perspectiva “central” y “estática”. En cambio, en el caso de una “instancia narrativa homodiegética” la configuración del espacio se lleva a cabo a través de la percepción y experiencia de un personaje (o varios) y su perspectiva, la cual es subjetiva y está influenciada por sus vivencias (cfr. 99). A esto hay que añadir que mientras que un narrador omnisciente puede registrar un lugar por completo, la perspectiva que ofrece la descripción del espacio de uno de los personajes será más restringida y condicionada (cfr. Nitsch 2015: 32).

El tercer procedimiento está asociado a los personajes. Como se adelantó anteriormente, los personajes también son caracterizados por el escenario en el que están, pero, al mismo tiempo, estos espacios, portadores de significados, condicionan también las posibilidades de desarrollo de la acción y de los personajes (cfr. 100). Esta relación entre espacio, personajes y acciones se asocia con la teoría de Lotman (2012).

De acuerdo al modelo de Lotman, los personajes se encuentran en determinados “campos semánticos” (cfr. 543; Neumann 2015: 101). Para que la trama (“*Sujet*”) se desarrolle, uno o varios personajes deben cruzar la frontera de su campo semántico para entrar y permanecer en otro espacio semántico. Desde el punto de vista estricto de Lotman (2012), el personaje transgresor permanece y se convierte en parte de ese nuevo espacio; si esto no ocurre, entonces el movimiento no cesa y el argumento aún no está acabado (cfr. 542-543)⁶. El límite entre las áreas, a su vez, se presenta como un obstáculo insuperable y para que el desplazamiento de un personaje sea un evento debe implicar la “desviación de la norma” (de no ser así, el desplazamiento no estaría aportando nada nuevo y no sería considerado un acontecimiento) (cfr. 536). De este modo, lo que se considera “norma” dependerá de la visión del mundo predominante (cfr. 535). En esta lógica, la trama ya no es simplemente una “sucesión temporal de eventos” sino que precisa del desplazamiento de un personaje que traspasa la frontera de un campo semántico (cfr. Neumann 2015: 101, mi traducción).

⁵ Véase también más adelante la constitución corográfica y la especificación del ambiente, por ejemplo.

⁶ Sin embargo, la teoría de Lotman también puede aplicarse al análisis literario de forma menos rígida, como se hará en el análisis en este trabajo.

Por lo tanto, la propuesta de Lotman supone un espacio relacional y no un simple “contenedor” (cfr. cap. 3.1 de este trabajo), ya que el espacio se constituye a través de los movimientos de los personajes y las relaciones espaciales (cfr. Neumann 2015: 100). Así, como señaló Mahler (2015), este modelo funciona desde una perspectiva topológica, es decir, relacional. Para que suceda un evento, se debe traspasar una frontera, ir más allá, demasiado lejos, rompiendo reglas, fuera de un espacio (un área semántica) que no tiene forzosamente que ver con una posición concreta en un lugar específico sino con las relaciones entre dos campos semánticos y la transgresión de sus márgenes (cfr. 24).

Por último, vinculado a esta teoría, vale la pena destacar lo que señala Ludmer (2004) respecto al espacio en la literatura. Este se forma “cuando se rompe la homogeneidad social y se produce esa contaminación” (105). Es decir, emerge, por ejemplo, cuando un personaje cruza los límites de la isla y se mueve en busca de algo más allá de sus límites. Este movimiento y permanencia en el otro lado o en la otra isla o espacio, esta irrupción, desarrolla la trama, por lo que el movimiento, la transgresión de espacios (“islas”) y su recreación son inherentes a la narración (cfr. 105, 107).

3.3.2 Localización geográfica, constitución corográfica y especificación del ambiente

Como ya se destacó al comienzo del capítulo, la “localización geográfica”, la “constitución corográfica” y la “especificación del ambiente” también contribuyen a la conformación del espacio literario. En el primer procedimiento habitualmente se nombra un lugar que refiere a un sitio en el mundo real. Asimismo, la localización geográfica se puede lograr sin nombrar un espacio concreto, pero nombrando elementos característicos “prototípicos” del lugar que se quiere referir. Con esta estrategia se usan también nombres ficticios que refieren a espacios reales o no, por lo que elementos ficticios y reales pueden combinarse (cfr. Nitsch 2015: 31, mi traducción).

El segundo procedimiento, la constitución corográfica, comprende la descripción del espacio por la cual este se concretiza y se vuelve “transitable”. Este espacio se compone de isotopías, ya que ciertas características del lugar se repiten definiéndolo y visualizándolo. Así, por ejemplo, para describir una ciudad se mencionan repetidamente calles y edificios o para describir una casa se nombran una y otra vez habitaciones y muebles. De esta manera, se produce un “efecto de realidad” (cfr. 31, 32, mi traducción).

En la última de estas tres técnicas, la especificación del ambiente, se hace una descripción “cualitativa” del espacio y, por lo tanto, de su ambiente. En otras palabras, se especifica isotópicamente el lugar, atribuyéndole adjetivos, como un espacio de “experiencia” y “percepción”. En este caso, en lugar de lograr un efecto que refiera a lo real se especifica el entorno logrando un “efecto poético” (cfr. 32, mi traducción).

3.3.3 Los paratextos

Considerando una perspectiva espacial, los paratextos suponen un “acceso” al texto principal, ya que posibilitan la “transición” y negociación del mundo real y ficcional, para pasar del uno al otro. Con frecuencia el paratexto es el espacio en que el autor se toma la libertad de expresarse (cfr. Wirth 2009: 167, mi traducción). Así, antes y/o después del texto principal habría un espacio libre, vacío, del que el autor en varias oportunidades hará uso con los paratextos (cfr. 170).

De esta manera, los paratextos suponen un espacio textual en los “márgenes” del texto ficcional con una función “poética y narrativa” (170, mi traducción). Así, los paratextos advierten al lector de que tanto el mundo (o espacio) real como el ficcional existen y son válidos. De este modo, los paratextos “cuestionan el orden” del mundo real para luego hacer posible la transición al mundo ficcional. Lo hacen estableciendo condiciones de lectura, negociando instrucciones bajo las cuales se tendrá acceso al texto (cfr. 171, mi traducción). En este sentido, las indicaciones que implican los paratextos tienen un “carácter performativo” en la medida que el desplazamiento entre dos espacios (externo y textual), el movimiento en la negociación, supone trazar “límites” en los espacios y traspasarlos, invitando al lector a seguir la senda demarcada (cfr. 175, mi traducción).

3.3.4 Breve excursión sobre el lenguaje en la topología

Frecuentemente, para destacar las diferencias, ya sea entre personajes o temas, se recurre a distinciones espaciales que marcan la desigualdad de estas diferencias. Así, por ejemplo, lo “propio” y lo “ajeno” se narran espacialmente con opuestos como “adentro” – “afuera” (cfr. Nitsch 2015: 30). De la misma manera, características espaciales como “cercano-lejano” o “abierto-cerrado” proveen de valores a perspectivas culturales, sociales, políticas y religiosas cuyos significados van más allá de su referente espacial más inmediato, equivaliendo, por ejemplo, a “bueno-malo” o “accesible-inaccesible”, respectivamente (cfr. Lotman 2012: 530-531). De esta forma, como señala Mahler (2015), este tipo de expresiones deben entenderse de manera topológica antes que topográfica. Esto es así porque se trata de establecer una relación, una comparación donde una cosa es mejor, más alta, etc. que otra (cfr. 21-22). Por lo tanto, no es tan importante la localización concreta en el espacio sino la manera en que los elementos de la comparación están asociados.

3.4 Los límites y la seguridad

Con frecuencia, en el análisis de la administración de seguridad en países no occidentales se ha empleado una perspectiva occidental sin consideración alguna de los rasgos distintivos de estos lugares (cfr. Hönke / Müller 2012: 384). David Newman (2007), referente en los estudios fronterizos (*Border Studies*), sostiene que el estudio de los límites se debe encarar de una manera más flexible e interdisciplinaria. Aportes importantes como el de los geógrafos más rígidos, que ven las fronteras

casi exclusivamente en los límites políticos, se mezclan con los de la sociología y la antropología, donde los límites son menos visibles, y aun así conducen igualmente a consolidar diferencias y acentuar un “nosotros” y un “ellos”, un “aquí” y un “allí” (cfr. Newman 2007: 45, mi traducción). El enfoque interdisciplinario de los estudios fronterizos junto a la teoría proveniente del área de política de seguridad en América Latina es el adoptado en este trabajo y se aplicará al análisis de la (in)seguridad y de fronteras de toda índole, teniendo en cuenta los rasgos propios de la sociedad latinoamericana y argentina.

3.4.1 Límites visibles e invisibles, concretos y abstractos

Existen fronteras visibles, como los muros o como las líneas de división política en un mapa. Sin embargo, también hay otros límites que, aunque no estén erigidos de forma concreta, existen e influyen en el orden de la sociedad de la misma manera que lo hacen los límites materiales. En este sentido, los límites (de toda clase) impactan en las formas y espacios de pertenencia del individuo en diferentes grupos o sectores sociales, produciendo o pronunciando divisiones. De esta forma, estos límites reproducen una y otra vez las diferencias en la sociedad y conducen a la construcción de un “otro”, que es diferente y que pertenece a otra división (cfr. Newman 2007: 27). Por lo tanto, las fronteras están “socio-espacialmente construidas” (van Houtum 2012: 406, mi traducción). Así, “las fronteras crean orden” (Newman 2007: 27, mi traducción). Lo hacen organizando la sociedad en divisiones, identificando y separando a sus miembros, así como creando categorías para estos compartimientos. Estas clasificaciones se extienden en tal medida que frecuentemente se establecen nuevas categorías de “otros”, generando progresivamente exclusión (cfr. 33).

En otras palabras, los límites de todo tipo producen divisiones no solo en un espacio (geográfico o no) sino también, como se adelantó anteriormente, en lo social, entre el “nosotros” y el “ellos”, entre el que pertenece y el que no pertenece (cfr. 34-35, mi traducción). De esta manera, el trazado de una frontera implica el establecimiento de ciertos límites (o como se expresó, la producción de un orden), así como de categorías de diferenciación para jerarquizar y excluir o incluir a sus miembros (cfr. 35).

Respecto a los límites políticos, Grimson (2012) afirma que estos están influenciados por la “población que habita en uno y otro lado del territorio” dividido, por la cultura y la sociedad que se genera en la zona fronteriza, así como por los “significados” que los diferentes actores sociales le otorgarán a la frontera (cfr. 194-195, mi traducción). En este trabajo se verá que estos aspectos sociales también valen para los límites inmateriales. Además, para Newman (2007), el establecimiento de fronteras en general también tiene que ver con criterios como la etnicidad, el acceso a la información y el lenguaje (cfr. 33). Todos ellos inciden en los procesos de exclusión e

inclusión de los individuos en una sociedad y en un espacio (cfr. Newman 2007: 33). En particular la etnia será de relevancia en el análisis de *El muro*, al ser un parámetro que incide tanto en los límites materiales como los intangibles. No obstante, sirva aclarar que, aunque las diferencias pueden generar fronteras, lo que ocurre mayormente es lo inverso: las fronteras generan (más) “diferencias culturales” (cfr. Grimson 2012: 205, mi traducción).

Asimismo, el trazado de límites va acompañado de instituciones encargadas de justificar y controlar el respeto por ellos y, por ende, el respeto por el orden social establecido. Así, las fronteras son vividas como barrera protectora de las amenazas provenientes de afuera (cfr. Newman 2007: 35, 37). Estos procesos se dilucidarán en el próximo apartado sumando los aportes en política de seguridad.

3.4.2 Estadidad limitada y negociada: la construcción de la (in)seguridad y de un “otro” amenazante

Luego de la Guerra Fría y los sucesos del once de septiembre de 2001 en Estados Unidos el discurso social, político y académico dominante muestra un gran interés en temas de seguridad e insiste en la existencia actual de un estado permanente de inseguridad (cfr. Müller 2012: 5). La frontera es vista actualmente como una “línea de seguridad y protección” (van Houtum 2012: 405, mi traducción). En este contexto, los Estados nacionales son frecuentemente considerados “débil[es]” o “frágil[es]” por fracasar en proveer seguridad para toda la población y en vigilar su territorio y sus fronteras (cfr. Müller 2012: 1, mi traducción). Típicamente, la sociedad latinoamericana cree en el Estado como garante de la seguridad (cfr. 4), es decir, en un “Estado protector” (9, mi traducción) y, por lo tanto, los latinoamericanos esperan que este cumpla funciones acordes a este rol (cfr. 199). No obstante, el Estado nunca ha sido el proveedor único de la seguridad pública (cfr. 8, 17) ni el ejecutor exclusivo de todas y cada una de las funciones políticas sino que ha compartido el ejercicio de estas tareas con otros actores (cfr. Hönke / Müller 2012: 389; véase también cap. 3.4.3 de este trabajo). Por eso, en Latinoamérica se habla de una “estadidad limitada” (“*limited statehood*”), es decir, de una capacidad del Estado restringida para ejercer funciones consideradas normalmente estatales (cfr. Müller 2012: 10-11, mi traducción).

De cualquier forma, el establecimiento de un orden social determinado requiere de mecanismos que garanticen su existencia y funcionamiento. De esta manera, por ejemplo, en los límites, ya sea entre países o en espacios cerrados al exterior, se ejercen funciones de vigilancia que verifican que el orden limítrofe establecido no se altere y los límites no se traspasen si no se cumplen los requisitos para ello, como la presentación de documentación personal (cfr. Newman 2007: 35).

Para asegurar este orden se involucran tanto actores estatales como civiles. Esto se manifiesta, por ejemplo, en el crecimiento del sector privado en los sectores de vigilancia y seguridad o en el trabajo en conjunto de empresas privadas y estatales en estas funciones (cfr. Müller 2012: 6). Así, Müller (2012) utiliza el concepto de “Estado negociado” para referirse a los Estados, entre ellos los latinoamericanos, donde las funciones de vigilancia y seguridad, así como la política en general, están negociadas, de manera formal e informal, entre actores estatales y privados (cfr. 4, mi traducción).

Por su parte, la policía, como institución del aparato estatal, contribuye a mantener ese “orden social” determinado. Como organismo encargado de hacer cumplir la ley posee el “derecho a usar la fuerza física” para preservar el orden pactado (17, mi traducción). De esta manera, la seguridad es simplemente una de las funciones de la policía y no la más importante (cfr. 17). A esto hay que añadir que la función de vigilancia en pos de la seguridad llevada a cabo por la institución policial es fundamentalmente de índole política y, por lo tanto, está sujeta a “relaciones de poder”. En estas relaciones de poder participan tanto personas o instituciones vinculadas a la policía como fuera de ella. Como resultado, la función de vigilancia y seguridad también es, como el Estado mismo, “negociada”, ya que en su desempeño intervienen actores estatales, policiales y civiles. Como consecuencia, la vigilancia es “selectiva”, por lo cual no repercute en todos los ciudadanos de igual forma, beneficiando a algunos y perjudicando a otros (cfr. 18, mi traducción).

De este modo, la inseguridad urbana, además de estar asociada al hecho de que el órgano policial es un componente del “Estado negociado”, está vinculada a deficiencias en la policía producto de falta de entrenamiento, de la “corrupción” y la “participación [...] en el crimen organizado”, de “salarios bajos”, de “falta de ética profesional”, entre otros problemas (cfr. Müller 2012: 22, mi traducción). Así, su accionar se vuelve negociable con el Estado y con todo tipo de actores. Por ejemplo, se negocia informalmente la colaboración o complicidad de la policía en delitos o la “protección adicional” en barrios privados (cfr. 203). Esto conduce a que la seguridad privada se vea frecuentemente como “complementaria” de la seguridad pública, promoviendo el carácter negociable de la seguridad en general (cfr. 206). Asimismo, la intervención estatal en las funciones de seguridad y vigilancia varía según el caso (o tal vez se podría decir, según lo negociado), siendo a veces más selectiva y otras veces no interviniendo en absoluto, contribuyendo una vez más a la “estadidad limitada” (cfr. 205).

Ante estas circunstancias, la política se encarga de construir y sostener una imagen positiva del “gobierno y sus políticas de seguridad” y así también de la institución policial (22, mi traducción). De esta forma, la policía representa al “Estado protector”, por lo que su violento accionar se “legitima” en el cumplimiento de la reclamada función estatal de velación por la seguridad (cfr. 207). Por lo tanto, la construcción de una visión de la “seguridad” comprende también la construcción de

la “inseguridad” (cfr. Müller 2016: 5). En función de esta construcción, se hacen distinciones y divisiones en la sociedad, generando diferencias y exclusión (cfr. 7), incentivando la “estigmatización” de ciertos sectores sociales y produciendo en definitiva una fuerte sensación de inseguridad, tanto para los sujetos incluidos como incluso para aquellos excluidos (cfr. Chalfin 2012: 289). En este sentido, Schimanski y Wolfe (2007) advierten que los límites pueden ser también estrategias discursivas de dominación (cfr. 14).

Como consecuencia, en los discursos sobre seguridad e inseguridad, se construye la imagen de un “otro” amenazante, del cual los ciudadanos deben apartarse y protegerse. Así, se produce también el miedo al “otro”. Estas estrategias de manipulación son claves para “perpetuar la[s] diferencia[s]” e incentivar el “cierre de las fronteras” (cfr. Newman 2007: 42, 37, mi traducción). A su vez, este cierre hace que ese “otro” permanezca “invisible y desconocido” (41, mi traducción), por lo que la brecha social y el miedo al “otro” se tornan insalvables. Como resultado, lo desconocido se reafirma como amenazador del propio orden, reproduciéndose como peligroso (cfr. 41).

En este contexto, muchos ciudadanos, al sentirse inseguros, reclaman a la policía y al Estado más seguridad. Como resultado, no es inusual que apoyen una intervención policial dura e implacable en los barrios considerados peligrosos (cfr. Müller 2016: 8). Esto trae como consecuencia que la ciudad castigue a los más perjudicados (cfr. 2, 3), “comunidades que son inconvenientes en un contexto capitalista” (4, mi traducción), quitándoles el derecho a habitar el espacio urbano (cfr. 7). De este modo, se puede concluir que el incremento de la violencia en los países neoliberales va de la mano con la desigualdad económica y social y la exclusión (cfr. 6).

3.4.3 Resabios del colonialismo en el orden social poscolonial

El concepto de “poscolonialismo” se refiere a tiempos y lugares en los cuales las colonias ya no existen como tal, pero donde rasgos del colonialismo todavía tienen gran incidencia en la sociedad actual (cfr. Hönke / Müller 2012: 385). Un ejemplo de ello es la inequidad en las relaciones sociales entre un sector que se presenta como superior con otro sector considerado inferior, imponiendo la visión del mundo dominante a toda la sociedad. Así, en América Latina la relación asimétrica poscolonial determina la manera en que se relacionan los blancos descendientes de europeos con la población indígena (cfr. 385, 386).

Asimismo, el período colonial marca el comienzo de las fronteras en Latinoamérica, el cual fue motivado por los deseos de expansión de los países conquistadores. Esta expansión significó ganar territorios que en ese momento estaban ocupados por indígenas, habitantes nativos de estas tierras. Por lo tanto, la idea original de límite o frontera está asociada con “la experiencia de entrar en contacto con las poblaciones indígenas” (Grimson 2012: 195, mi traducción) así como con la formación de la

nación que implicaba “la ocupación de territorio indígena” (Grimson 2012: 204). Más tarde, en el siglo XIX, la frontera también se relacionó con la lucha contra el “enemigo”, en ese entonces países limítrofes como Chile y Brasil. Es decir, en Argentina históricamente la frontera está vinculada con la formación de la nación y el combate del enemigo (cfr. 204). Sin embargo, además de estos sucesos históricos, las prácticas diarias, las costumbres de la sociedad actual, también generan procesos de establecimiento de fronteras (cfr. 206).

Por otro lado, durante el colonialismo se impuso un sistema de gobierno importado desde Europa. Sin embargo, este sistema de ninguna manera buscaba garantizar los beneficios en seguridad y bienestar que garantizaba el Estado original en su tierra, ya que no se consideraba conveniente semejante inversión para las modestas aspiraciones que supuestamente tenían las colonias (cfr. Hönke / Müller 2012: 388). Por consiguiente, se subcontrató a intermediarios que desempeñaran parte de las funciones políticas, así como las “coerci[tivas]” y “repres[oras]” (389, mi traducción), privatizándolas. Por eso, ya en la época colonial, el Estado, como se adelantó en el apartado 3.4.2, negociaba diversas funciones con actores civiles, es decir, ya funcionaba como “Estado negociado” (cfr. Müller 2012: 4). Esto condujo a la expansión de la violencia y la “fragmentación de la soberanía” (cfr. Hönke / Müller 2012: 389, mi traducción).

3.4.4 Los límites en la literatura

En los últimos años el interés de los estudios literarios y culturales por las fronteras y los límites se ha acrecentado. Como resultado, se cuestiona la frontera como determinante de la legalidad y la identidad de las personas y se brindan herramientas para analizar los “cruces de fronteras” (Schimanski / Wolfe 2007: 10, mi traducción) de diversos tipos. Se advierte que estos “cruces” generan en la literatura una oportunidad, un evento en la narración (cfr. 9, 10). En esta lógica, el espacio donde los personajes se desplazan y tiene lugar la acción es el espacio “de los encuentros, de los cruces de límites” (10, mi traducción).⁷

Cuando se mantiene cierta distancia para observar la frontera, distancia que ofrecen la literatura y el arte, los límites se abordan de una manera que posibilita generar resistencia a estas divisiones (cfr. Schimanski 2015: 37). Por eso, el concepto de “fronteras” tiene una “dimensión performativa” (Schimanski / Wolfe 2007: 12, mi traducción). Así, motiva a reflexionar sobre el desplazamiento de las personas, las ideologías, la vigilancia de un espacio y la desigualdad, entre otros aspectos (cfr. 12).

⁷ Véase también la teoría de Lotman (2012) y los aportes de Ludmer (2004) en el capítulo 3.3

4. La ciudad textual de *El muro*

Retomando la teoría sobre ciudades textuales explicada en el capítulo 3.2 de este trabajo, *El muro* (Svampa 2013) representa un “texto de ciudad” (cfr. Locane 2016: 35). En la novela, la ciudad con su barrio cerrado y el espacio fuera del muro es un tema en sí mismo y no simplemente un marco espacial donde se desarrollan los eventos. Conforme a ello, en todos los eventos que se generan a lo largo de la historia, la ciudad de Villa Quimey, con sus divisiones (espaciales y sociales) y su carácter expulsor y selectivo, tiene un rol preponderante que supera ampliamente la función de ser meramente un escenario (o *setting*). Por ejemplo, en el primer capítulo de la novela, el asalto a uno de los habitantes del barrio cerrado, así como el temor y el enojo que este hecho suscita, se generan porque el espacio urbano representado así lo hace posible. El muro (un fragmento de la ciudad; cfr. Ludmer 2004: 105), dividiendo materialmente a la ciudad en dos, separa también a sus habitantes en dos grupos sociales que entran en conflicto (cfr. Svampa 2013: 13-53). En el mismo sentido, en el segundo capítulo la ciudad “obliga” a los amantes a encontrarse en sus márgenes, en la estepa, alejados de los barrios enfrentados (cfr. 57-98). El tercer capítulo muestra cómo algunos espacios se presentan imposibles para algunos habitantes mientras que solo son accesibles para otros. Esto a su vez implica, como se verá en el análisis de la obra, que no todos los personajes tienen el (mismo) derecho a habitar la ciudad (cfr. cap. 5.3 de este trabajo; Müller 2016: 7), por lo que se recuerda el carácter excluyente de este espacio urbano. Así sucesivamente en los capítulos siguientes de la novela la ciudad mantendrá su carácter decisivo en la producción narrativa.

De este modo, el espacio literario en la novela está “cargado” semánticamente y genera un ambiente específico que en parte condiciona la acción y a los personajes (cfr. Neumann 2015: 98, 96). Cómo ocurre esto en *El muro* se explicará a continuación integrando las técnicas de producción del espacio seleccionadas en el capítulo 3.3 de este trabajo.

4.1 Relato coral e instancia narrativa en *El muro*

La novela *El muro* (Svampa 2013) está escrita en relato coral o polifónico. Esta técnica posibilita dar voz a diferentes actores, incluso a los márgenes, espacio que como ya se advirtió comienza a ser tenido más en cuenta por la literatura actual. Así, en la novela se le da voz no solo a diferentes personajes, marginales y dominantes, sino también a diferentes espacios, como el lado oeste, que es el barrio amurallado, y el lado este del paredón, donde se asientan los barrios excluidos por el muro. De esta manera, la polifonía revela la heterogeneidad de los distintos actores sociales y lo hace a través del narrador y del diálogo entre los personajes. Por lo tanto, el relato coral integra “al discurso literario la conflictividad del discurso social”, incitando a la reflexión o el debate sobre las nuevas problemáticas urbanas (cfr. Tozzi 2017: 86).

En este sentido, el relato se llevará a cabo desde perspectivas diferentes según el capítulo aborde un espacio u otro. Por ejemplo, el primer capítulo, llamado “El lado oeste”, narra desde la perspectiva del barrio cerrado y sus habitantes. Por tanto, en este capítulo cuando en la narración o en los diálogos se habla de “otra ciudad” o del “otro lado” (Svampa 2013: 24) se refiere al lado este del muro, “donde se desparraman los barrios pobres de Villa Quimey” (28), advirtiendo, al mismo tiempo, la apreciación de los vecinos del barrio privado sobre la existencia de dos ciudades y no de una ciudad dividida por un muro (cfr. cap. 5.1.2 de este trabajo). Al contrario, en el capítulo tres, “El lado este”, donde se representa a los excluidos del barrio amurallado, “el otro lado” designa el lado oeste del muro, donde viven los más acomodados (cfr. Svampa 2013: 127). Por lo tanto, la designación de uno u otro espacio de la ciudad en los diálogos y la narración dependerá de la posición deíctica desde la cual hablen el narrador respecto a la diégesis o los personajes (cfr. Mahler 2015: 21).

En su mayoría heterodiegético y omnisciente, el narrador relata en cada capítulo sobre un espacio determinado y sus personajes representativos (cfr. Neumann 2015: 99; Nitsch 2015: 32). Así, ya al comienzo de la novela el narrador advierte:

El hecho ocurrió hacia el final de la tarde, un 5 de abril. Dos días después, la población de Villa Quimey se despertaría con una nueva preocupación. Luego de varios años de aparente tranquilidad, dos jóvenes habían vulnerado el muro y asaltado a un hombre de unos setenta años, residente en el kilómetro dos del lado oeste (Svampa 2013: 13).

Fuera de la diégesis y sin participar del mundo ficcional, el narrador brinda algunos detalles del episodio y su conocimiento de que los habitantes de la ciudad tienen varias preocupaciones. El uso del modo condicional en el verbo “despertar” indica que también conoce cómo continúa la historia. Además, la frase “*aparente* tranquilidad” (13, mi énfasis) muestra que igualmente sabe de hechos del pasado por lo que es consciente de que la calma que reinaba en el espacio del barrio no es verdadera. Así, el narrador ofrece a menudo una visión amplia que abarca sucesos que tienen lugar en los diferentes espacios de la ciudad (cfr. Neumann 2015: 99).

Por último, cabe notar brevemente que el tiempo del discurso es mayor al tiempo de la historia, lo que posibilita que en los diferentes capítulos se narren hechos y facetas sobre un mismo evento y un mismo espacio, pero desde distintas perspectivas. Como resultado, en el capítulo final de *El muro* se hace evidente que, en la historia, si bien incluye analepsis (cfr. Svampa 2013: 57-98), han transcurrido dos días (cfr. 241), mientras que el discurso sobre el barrio cerrado y sus consecuencias se ha extendido a lo largo de seis capítulos.

4.2 Personajes y transgresión de límites en *El muro*

Tanto la acción como el espacio en la novela se crean también a partir de los desplazamientos de algunos de sus personajes (cfr. Lotman 2012: 535; Ludmer 2004: 105), entre los cuales en este

capítulo se trata a Ailén, Santiago, Maggioranza y Loncopán. Ailén y Santiago se animan a salir juntos por un tiempo, a pesar de que Ailén vive en el barrio carenciado y Santiago proviene de una familia adinerada del barrio privado. Esto se presenta como un desafío para ambos, ya que implica que cada uno de ellos debe superar grandes obstáculos para encontrarse, como transgredir ciertas convenciones sociales y sobreponerse a determinados prejuicios (cfr. Lotman 2012: 535-536). Por ello, por ejemplo, a Ailén, como mestiza y residente del lado excluido del muro (cfr. Svampa 2013: 83-96), le resulta difícil tener el valor de mantener una relación con una persona perteneciente al barrio pudiente, con el cual ella siente que no tiene nada en común (cfr. 172). Por su parte, Santiago, para poder encontrarse con Ailén, necesitó “*olvidarse del lado oeste, para transgredir todas las reglas*” (80, mi énfasis). Esto significa que para poder tener contacto con una mujer del “otro lado” debió dejar a un lado su espacio y disponerse a cruzar fronteras, a saber, sociales, económicas, así como étnicas (cfr. Lotman 2012: 536). Es decir, retomando y adaptando la teoría de Lotman (2012), la relación entre ambos significa una desviación de las normas sociales, un desplazamiento más allá de lo que la sociedad de Villa Quimey considera usual, apropiado o normal (cfr. 535-536), por lo que los personajes saldrían de su “campo semántico” para encontrarse en una nueva área semántica que no respeta esas reglas de la sociedad y posibilita el encuentro entre ambos (cfr. 542-543). De hecho, el movimiento semántico que realizan ambos personajes para poder encontrarse se concretiza igualmente en un espacio material, ya que Santiago y Ailén se encuentran siempre en la cabaña del padre de Ailén que está ubicada en la estepa, “más allá” del muro y de los dos barrios en cuestión (cfr. Svampa 2013: 80). Con esto, la pareja no se encuentra ni en un lado ni en otro, sino en un lugar diferente para ambos, por lo que los dos personajes salen efectivamente de su espacio habitual.

Asimismo, en la creación del espacio en la literatura se produce una ruptura de la “homogeneidad social” y una “contaminación” (cfr. Ludmer 2004: 105). En este sentido, Ailén y Santiago se mueven más allá de sus márgenes, irrumpiendo en un nuevo espacio, material e inmaterial, “contaminándose” con ese nuevo encuentro. De esta manera, en lo que dura la relación, Santiago comienza a faltar a la escuela, no se dedica demasiado a sus estudios ni sigue los consejos de su madre, por lo que tampoco se ocupa de planear su futuro. Toma el transporte público (ómnibus “destartalados”), lo cual es inusual para la gente de su barrio (y, por tanto, para su “campo semántico”), atraviesa el muro y se dirige al encuentro de su amante mestiza en la estepa (cfr. Svampa 2013: 79-81; Lotman 2012: 535-536). Todos estos hechos implican transgresiones de convenciones. Esto contribuye al desarrollo del relato, en el cual ambos personajes buscan cambiar y recrear su espacio (cfr. 105). Sin embargo, este afán transgresor desaparece cuando Ailén decide terminar la relación (cfr. Svampa 2013: 83) por lo que con su noviazgo no se produce inmediatamente un cruce de límites definitivo, aunque sí un contacto contundente con el “otro lado” y el “más allá” de la

ciudad, lo cual conduce a quebrar la homogeneidad social establecida y romper reglas (cfr. Ludmer 2004: 105; Lotman 2012: 536).

Por tanto, cuando la relación se termina y Santiago retorna de sus vacaciones en familia, expresa su decisión de “quedarse” en Villa Quimey, estudiar allí, dentro de los muros, indicando esto, según el narrador, el “retorno a la normalidad” (Svampa 2013: 98), es decir, a su campo semántico habitual (cfr. Lotman 2012: 536). No obstante, este impulso de transgresión reaparece en el último capítulo de la novela cuando Santiago se dispone a buscar a Ailén al enterarse de que ella se ha animado a cruzar el muro (cfr. Svampa 257-261).

Igualmente, para Ailén, su nuevo trabajo como camarera en un lujoso restaurante en el barrio cerrado significa la apertura de “un horizonte inesperado” (cfr. 159) y, como resultado, aludiendo una vez más a Lotman (2012), la irrupción en un nuevo “campo semántico” (542-543, mi traducción). Transgrediendo los límites de su origen y condición social, Ailén traspasa su “horizonte” para entrar a un nuevo espacio con nuevas oportunidades y se “contamina” con ese otro espacio, hasta ahora desconocido, llegando incluso a mudarse a la zona amurallada y estableciendo cierta amistad con las dueñas del restaurante (cfr. Ludmer 2004: 105; Svampa 2013: 170-190). Así, por ejemplo, su desplazamiento es tal que, ya viviendo en el barrio privado, cuando habla por teléfono con una de sus primas, que vive en uno de los barrios excluidos del muro, se percibe “extrañeza y distanciamiento” entre ellas, lo cual pone en evidencia la distancia que Ailén había tomado de su lugar habitual (cfr. 271). De igual modo, durante la estampida ante las acciones represoras por parte de la gendarmería en las protestas fuera del muro Ailén huye “en dirección al muro, como si quisiera regresar hacia donde nunca debía haber salido” (279). La joven había hecho del barrio cerrado su lugar, su nuevo “campo semántico” (cfr. Lotman 2012: 542).

Topológicamente hablando, la distinción espacial “horizonte” alude a las desigualdades en los distintos barrios de Villa Quimey, ya que, a partir de este momento, de este nuevo horizonte, la joven puede acceder a posibilidades que hasta entonces le eran inaccesibles, lo cual contrasta con la situación desventajosa en la que se encontraba originalmente (cfr. Nitsch 2015: 30; Mahler 2015: 21). En definitiva, para que sucedan los eventos mencionados (la relación amorosa y sus encuentros, el nuevo trabajo de Ailén, la mudanza), los personajes involucrados deben transgredir ciertos límites, romper reglas e ir más allá de su entorno habitual. Estos desplazamientos funcionan topológicamente, implicando relaciones entre diferentes áreas semánticas, personajes, entornos, ambientes y valores (cfr. 24).

Además, el encuentro entre Loncopán, residente del barrio excluido, y Maggioranza, habitante del barrio cerrado, también supone en cierta medida un traspaso de límites. Esto es así porque normalmente los habitantes de un lado del muro no planean encontrarse con una persona del otro lado

(cfr. Svampa 2013: 245-266). Como se verá en el análisis del primer capítulo de la novela, Maggioranza solía pasar años sin atravesar la muralla, por lo que no tenía contacto alguno con los vecinos de afuera del muro (cfr. 29). Por su parte, Loncopán, quien había sido albañil y había trabajado en la construcción misma del muro (cfr. 116) y de casas del barrio privado (cfr. 128), al enfermarse fue despedido “hacia el otro lado del muro” (130). Por lo tanto, el encuentro entre ambos implica, por un lado, la superación de temores respecto a la amenaza que podría suponer el vecino y, por el otro, la predisposición para conocer algo de él.

Respecto al “Loco Ringel”, el padre de Ailén, también es un ejemplo de transgresión de pautas preestablecidas en la sociedad. “[E]ra de los que no estaban ni adentro ni afuera” (177). Su historia es digna de mencionar porque sienta un precedente que influye en el cruce de límites de personajes como Ailén o Santiago. Para poder llegar a ser consciente de las diferencias y los límites en la sociedad de Villa Quimey, al Loco Ringel le había sido necesario tomar distancia de ambos “lados”, lo cual implicó cambiar de espacio y, de esta forma, podría decirse, de campo semántico (cfr. Lotman 2012: 543). Así, sus transgresiones también se habían extendido a su vida más íntima. Consciente de los posibles significados de sus orígenes alemanes y de que la Patagonia había servido de guarida para criminales entre los que se contaban “nazis alemanes y austríacos, fascistas italianos, colaboracionistas franceses, suizos y croatas” (Svampa 2013: 67), el Loco Ringel define su segundo matrimonio con la madre de Ailén, “una mujer del otro lado del muro”, como “una locura pasional de la cual apenas si había regresado con vida” (67). La madre de Ailén era indígena y era impensable en su sociedad que “pudiera existir tal amor en medio de tantos contrastes y diferencias” (79), aludiendo a las insalvables brechas culturales, sociales y étnicas que desde la época colonial separan a los blancos descendientes de europeos de los indígenas (cfr. Hönke / Müller 2012: 386). De esta manera, a lo largo de su vida y dentro de sus posibilidades, Ringel había intentado transgredir convenciones sociales y culturales, así como había cambiado su espacio de residencia, optando por tomar distancia de la ciudad.

4.3 Descripción, localización geográfica, constitución corográfica y especificación del ambiente en *El muro*

Como es habitual en la localización geográfica, en la novela se nombran sitios que existen en el mundo extratextual (cfr. Nitsch 2015: 31; cap. 3.3). El referente extraliterario más importante es la Patagonia, región del sur de Argentina y donde se desarrolla la acción (cfr. Svampa 2013: 69). Además, la cordillera de los Andes también es referida (cfr. 59, 43), por ejemplo, en esta cita: “Quien conozca la cordillera sabe muy bien que no hay otoño comparable al patagónico” (59). Del mismo modo se menciona a la provincia de Mendoza (cfr. 97), donde Santiago estuvo de vacaciones con su

familia, así como a la ciudad de Buenos Aires (cfr. Svampa 2013: 163), a “El Chañar”, y al “Valle de Uco” (196), todos lugares existentes en Argentina. Estas menciones poseen menor importancia para el desarrollo de la historia que la Patagonia, pero son igualmente relevantes para la localización geográfica del espacio constituido. De esta manera, todas estas referencias le otorgan a la novela un carácter realista, por lo que el lector ubica la historia en el país argentino y, fundamentalmente, en el paisaje patagónico y cordillerano (cfr. Nitsch 2015: 31). Sin embargo, la localización geográfica también hace uso de nombres ficticios como “Villa Quimey” (cfr. 31; Svampa 2013: 13). Reales o no, todos los nombres de lugares mencionados ayudan a localizar geográficamente la ciudad y su barrio cerrado.

Asimismo, como se adelantó en el tercer capítulo de este trabajo, aún sin nombrar concretamente un sitio real, pero nombrando elementos “prototípicos” del espacio referido también se logra la localización geográfica (cfr. Nitsch 2015: 31). La siguiente es una descripción prototípica del otoño patagónico:

Los paisajes cambian radicalmente y la luz del sol es más oblicua que en otras estaciones. Nos ponemos nostálgicos y queremos viajar, alcanzar la cumbre de esas montañas que irradian colores rabiosos, perdemos en esos bosques espesos en donde las hojas de lenga y ñire que van cayendo y adoptando los más variados tonos de rojos, amarillos, ocres y marrones terminan por convertirse en la única guía y camino (Svampa 2013: 60).

La luz oblicua del sol, la nostalgia del otoño, las montañas, los bosques espesos y, sobre todo, los prototípicos árboles de la región, lenga y ñire, con sus hojas de colores que caen en el otoño, son todos elementos representativos de la Patagonia y la proveen de un sentido nostálgico que afecta a sus habitantes (véase la especificación del ambiente más adelante).

De igual forma, la siguiente descripción de Villa Quimey es otro ejemplo de localización geográfica sin nombrar concretamente la Patagonia, pero donde aparecen elementos prototípicos de esta región, como su extenso territorio, la cordillera, los cerros, el centro de esquí, los glaciares, los bosques o los paisajes:

[E]l gran atractivo de Villa Quimey no era solamente su ancho largo, uno de los más bellos de la cordillera, cuyo lecho de aguas profundas se remontaba según los especialistas a la era de los glaciares; no eran solamente la pista internacional de esquí o el enorme centro vacacional que se extendía al pie del cerro Azul; en fin, no eran solamente sus paisajes naturales, plenos de bosques autóctonos, cerros con penachos blancos y cielos intensos y despejados (Svampa 2013: 43).

El segundo procedimiento, la constitución corográfica, también se aplica al análisis de *El muro* y contribuye a concretizar la ciudad y sus espacios, visibilizándolos. Esto se logra a través de isotopías (cfr. Nitsch 2015: 31). Por ejemplo, para definir Villa Quimey se mencionan elementos isotópicos de una ciudad como el “casco urbano” y calles como la “Avenida Olascoaga” (cfr. Svampa 2013: 28) o la “Avenida General Roca, que corta en dos la ciudad”. También hay una “vía principal” (32). Asimismo, se describe el cierre del barrio a través de la necesidad de “presentar los documentos frente a una de las garitas de control” (149) o mediante la mención de la “vigilancia perimetral” (26) y los

“puestos de control” (Svampa 2013: 28), los cuales contribuyen a la concretización de un límite visible y a la sensación de seguridad o inseguridad (cfr. Müller 2016: 5; véase también la especificación del ambiente). De igual forma, “la calle céntrica de la ciudad [...] [con sus] vistosos locales de artesanías, las tiendas de marca, agencias turísticas y chocolaterías” (Svampa 2013: 149) acentúan el carácter turístico de la misma.

Además, se explica que la víctima del asalto es “un residente en el kilómetro dos del lado oeste” (13), mientras que los jóvenes criminales vendrían del otro lado, de “la otra ciudad” (cfr. 28-29). De esta manera, se concretiza la división de la ciudad en dos lados y se concibe a ambos como dos ciudades distintas.

A nivel más particular, los eventos que narran el asalto a Maggioranza incluyen elementos isotópicos para describir que toda la acción sucede en una casa. Así, se mencionan “la puerta de entrada de su casa” (13), las “habitaciones”, “el dormitorio del fondo, [...] el de la izquierda o el de la derecha”, los “armarios”, la “cocina” (cfr. 14), entre otros, dejando claro que se trata de un asalto a un domicilio. Por lo tanto, todas estas descripciones isotópicas contribuyen, así como lo hace la localización geográfica, a crear un “efecto de realidad” (cfr. Nitsch 2015: 32), por lo que la ciudad, el barrio cerrado y la casa de Maggioranza se pueden percibir como concretas y existentes.

Otra de las técnicas es la especificación del ambiente, descripción a través de la cual un espacio y su entorno se hacen perceptibles. No se trata de lograr un efecto de realidad sino de caracterizar isotópicamente un ambiente (cfr. 32). Así, a lo largo de la novela hay numerosas descripciones que sugieren peligro, (in)seguridad, entre otros. En este apartado sólo se expondrán algunos ejemplos puesto que varias descripciones se tratarán directamente en el análisis de cada capítulo de la novela, ya que contribuyen especialmente a la producción de una imagen determinada de la ciudad y sus instituciones.

“La voz es un torbellino que escupe sólo tonos agudos sobre su rostro” (Svampa 2013: 14). Esta es la descripción del narrador sobre el comportamiento de uno de los delincuentes durante el asalto en la casa de Maggioranza. El joven criminal le grita excitado a la víctima mientras le da órdenes. Además del “efecto poético” dado por la metáfora “voz-torbellino” (cfr. Nitsch 2015: 32), la cita expone el dominio de la fuerza y la violencia, especialmente a través del uso del verbo “escupir” y de la cualidad “agudo” aplicada al sonido de la voz. A su vez, el evento del asalto se describirá varias veces como un “tornado” (cfr. cap. 5.1.1 de este trabajo), tanto por el nieto de Maggioranza (cfr. Svampa 2013: 22) como por él mismo (cfr. 193), así como por el narrador. Este comenta: “todo esto, que sucede de modo tan vertiginoso, como si fuera un tornado que avanza a gran velocidad y arranca viviendas desde sus cimientos, podrá reconstruirlo más tarde, una vez que esté por fin solo” (19), y agrega “él con las manos todavía atadas, la franela oprimiendo su boca, entre los

dientes resecos, y con el sudor recorriendo su cuerpo humedecido por el miedo” (Svampa 2013: 19). Así, además de crear un sentido de catástrofe por el cual los personajes, impotentes, poco pueden hacer, se recuerda que el cuerpo, y no solo el espacio (la casa y lo material) puede ser vulnerado, sugiriendo la fragilidad de la supuesta infranqueable seguridad que ofrecería el barrio cerrado (cfr. 43).

Asimismo, a través de los textos narrativos sobre el profesor Ringel, se señala la existencia en Villa Quimey de, por un lado, un ambiente de rechazo al “otro” y, por el otro, uno de naturalización de la división espacial. La ciudad “expulsa” repetidamente al “Loco Ringel”, quien transgrede algunas convenciones e insiste en tomar distancia de ese espacio: “Era un clásico. Los fantasmas y los pecados de esa ciudad lo perseguían y lo acechaban, para volver a expulsarlo una y otra vez” (68). De esta manera, todos los habitantes de Villa Quimey estarían de alguna manera en falta y se perpetuaría una lógica de expulsión, ya que, como continúa la narración, la Patagonia había sido poblada por criminales “nazis alemanes y austríacos, fascistas italianos, colaboracionistas franceses, suizos y croatas” (69). Para el Loco Ringel la villa es un “agujero negro, un campo gravitatorio intenso, que hace que cualquier cosa que se aproxime a él quede atrapada y después no pueda volver a salir. Ni la luz puede escapar” (71). De este modo, además de indicar el peligro que supone vivir en este barrio, se resalta también el carácter de encerramiento, de clausura, que implica el barrio amurallado, ya que “[a]hora es el momento de los paredones y de la serialidad de lujo” (72).

Igualmente, el profesor advierte que el muro aparece como algo dado y que la sociedad pretende no acordarse de que alguna vez no existió: “fingen demencia, quieren creer que el muro es como el lago, que está ahí desde siempre” (73), exclama. Esta negación del muro se reitera en otros capítulos. Por ejemplo, en el quinto capítulo, la hija de Maggioranza “le echa una ojeada al muro, casi sin verlo, como si lo llevara incrustado en su retina y formara parte del fondo mismo de sus ojos” (194). De esta manera, en la ciudad el muro se percibe como normal y natural a la vez que se relativiza su construcción. Al mismo tiempo, esta repetición de comentarios o eventos que naturalizan las divisiones contribuye a visualizar el muro y recordar que se trata de algo construido y no de una parte del paisaje.

Del mismo modo, y retomando una cita que fue útil para la localización geográfica, a través de la especificación del ambiente se intenta en ocasiones crear una sensación de seguridad: “el gran atractivo de Villa Quimey [...] no eran solamente sus paisajes naturales [...] sino también la *celosa* seguridad que la ciudad brindaba a los habitantes del lado oeste de muro” (43, mi énfasis). En este caso, el barrio cerrado se presenta como seguro y su seguridad, como muy estricta (“celosa”). Se crea una atmósfera cargada de belleza y tranquilidad. Por consiguiente, la descripción implica además una apreciación de la ciudad, ya que, como se explicó en el capítulo 3.3, las descripciones nunca son

neutrales, sino que suponen una valoración de lo descripto, en este caso como tranquilo y seguro (cfr. Nünning 2009: 46; Neumann 2015: 99). Asimismo, la cita destaca el carácter protagónico de la ciudad mencionado en el apartado anterior: es la ciudad misma la que aparentemente brinda seguridad a sus habitantes (cfr. cap. 3.2 de este trabajo).

4.4 Los paratextos en *El muro*

Los paratextos son, en el caso de la novela, un aspecto digno de atención. Como se explicó en el capítulo 3.3.3 de este trabajo, funcionan como un acceso a la novela e implican una negociación. Esta negociación significa desplazarse en la lectura y adentrarse en el mundo ficcional atendiendo a determinadas pautas para su interpretación (cfr. Wirth 2009: 167). Ubicados en los límites del texto narrativo, y así en el límite entre el mundo real y ficcional, los paratextos en *El muro* intentan demarcar condiciones de lectura (cfr. 170, 171).

Localizado en el margen más exterior de la novela, su título, “El muro”, no solo es un posible indicio del tema global o del motivo del texto, sino que también indica que tanto el mundo textual como el ficcional pueden ser válidos (cfr. 171). De esta forma, se advierte sobre la posibilidad de alguna referencia extratextual o algún llamado al lector a asociarlo con el mundo real, ya que también existen diversos muros en la realidad y no únicamente en la ficción.

Asimismo, en el epígrafe el lector se encuentra con tres frases de Marcel Cohen, J. M. Coetzee y un refrán mapuche sin autor (cfr. Svampa 2013: 9). Además de aprovechar la función poética, estas frases apelan a una función narrativa. A través de referencias intertextuales se invocan asociaciones que guiarán posteriormente tanto el desarrollo de la historia como la comprensión del texto (cfr. Wirth 2009: 170-171). Así, por ejemplo, la frase “No hay muro que no haya, alguna vez, resumido el mundo” (Svampa 2013: 9) evoca la idea de que siempre existieron muros que cumplieron funciones importantes.⁸ Por su parte, “He tenido delante de los ojos algo que salta a la vista, y todavía no lo veo” (9) puede aludir, por un lado, a la idea de naturalidad o al carácter de invisibilidad que han tomado los muros; por el otro, es un indicio de que hay muros, divisiones, o límites que no son necesariamente materiales y visibles, pero igual existen y tienen una gran influencia. O bien, el dicho mapuche “No quieras parecerte al cóndor que la cordillera es alta” (9) insinúa la inaccesibilidad de estos muros, así como la magnificencia de quienes, como el cóndor, tienen los medios para atravesarlos. Por lo tanto, la autora ha utilizado este espacio para vincular el texto narrativo que le sigue con un contexto que servirá de orientación para la lectura del mismo (cfr. Wirth 2009: 167).

⁸ Véanse los comentarios de la autora Maristella Svampa respecto a esta frase en: <https://www.telam.com.ar/notas/201310/36142-los-muros-representan-un-modo-de-pensar-las-desigualdades-sociales.html>

De esta manera, en el epígrafe más que en el título de la obra se hace evidente el carácter performativo de los paratextos. Las frases no solamente reafirman que el motivo del muro formará parte de la novela, sino que simultáneamente ponen en cuestión pautas del mundo real. Señalan una inquietud o un potencial conflicto o contradicción, en tanto plantean que hay muros poderosos; hay muros que están, pero no se ven, que existen pero que no pueden franquearse (cfr. Wirth 2009: 175, 171; Svampa 2013: 9). A su vez, esto también refuerza la idea de legitimidad de ambos mundos, el textual y el extratextual, e intentan influir el traspaso de uno a otro (cfr. Wirth 2009: 171). Por consiguiente, el epígrafe resultó en un espacio que la autora aprovechó para establecer pautas de lectura y expresar su visión a través de las frases elegidas (cfr. 167).

Los títulos de los capítulos también inciden en la manera en que el lector abordará cada uno (cfr. 167). En correspondencia con la técnica polifónica (cfr. cap. 4.1 de este trabajo), el título de cada capítulo señala la perspectiva desde la cual se narrará la historia en esa parte. Así, por ejemplo, el primer capítulo “El lado oeste” (cfr. Svampa 2013: 11) abordará los eventos en Villa Quimey desde el barrio amurallado, que es justamente el lado oeste del muro, mientras que el título del tercer capítulo, titulado “El lado este” (cfr. 99), hará lo mismo, pero desde la perspectiva de los barrios excluidos del espacio cerrado. En medio de estos dos, el segundo capítulo con el título “Más allá del muro” (cfr. 55) advierte la presencia de un espacio aparte, que no pertenece ni a uno ni otro lado, por lo que el espacio alejado del muro y de su alcance también sería relevante. “Un muro demasiado lejos” (cuarto capítulo, cfr. 143) precisa la percepción de aislamiento que tendrán algunos habitantes de la ciudad respecto al muro y al barrio cerrado, mientras que “Intramuros” (quinto capítulo, cfr. 191) conducirá la atención y la narración nuevamente al barrio cerrado. Finalmente, “Las voces del muro” (sexto capítulo, cfr. 239) posibilita perspectivas diferentes, voces en “plural”, repercusiones de la construcción del muro.

Por lo tanto, todos los títulos de los capítulos señalan reiteradamente que el punto de referencia es el muro. Se utilizan referencias espaciales para notar las distintas perspectivas desde las que tendrá lugar la narración (cfr. Nitsch 2015: 30). Sin embargo, las alusiones de estas referencias espaciales van más allá del espacio denotado (cfr. Lotman 2012: 530-531) para indicar una relación o comparación de los diferentes puntos de vista (cfr. Mahler 2015: 21-22), por ejemplo, una comparación entre los que viven dentro del muro (“Intramuros”, quinto capítulo, cfr. Svampa 2013: 191) con aquellos que encuentran el muro inalcanzable (“Un muro demasiado lejos”, cuarto capítulo, cfr. 143). Así, las pautas de lectura se definen según el muro, dando lugar a percepciones diferentes respecto a espacios, distancias y accesibilidad.

5. Los capítulos y el espacio cerrado (in)seguro en *El muro*

5.1 “El lado oeste” (primer capítulo de la novela)

Tomando como referencia al muro que divide este barrio del resto de la ciudad de Villa Quimey, el “lado oeste” significa el barrio ubicado al oeste del muro, es decir, refiere al barrio cerrado. La técnica coral que utiliza esta novela permite en el primer capítulo, siguiendo la referencia espacial recién mencionada, darle voz principalmente a los habitantes del barrio cerrado para luego dar pasos a otras voces en los capítulos siguientes (cfr. cap. 4.1 de este trabajo). En especial este capítulo se centrará en Orestes Maggioranza, víctima de uno de los asaltos en el barrio amurallado, así como en los actos criminales que suceden en esta área.

5.1.1 La especificación del ambiente y la construcción de una imagen de inseguridad

Como lo demuestran varias citas a continuación, en el primer capítulo la caracterización del ambiente cumple un rol muy importante para generar un clima de tensión y peligro que anticipará los conflictos en la ciudad. Esto se logra a través de la “especificación del ambiente” (cfr. Nitsch 2015: 32, mi traducción; cfr. cap. 3.3), la cual en este caso revela violencia, inseguridad y temor. Por ejemplo, ya la segunda oración de la novela advierte: “[d]os días después, la población de Villa Quimey se despertaría con *una nueva preocupación*. Luego de varios años de *aparente tranquilidad*, dos jóvenes habían vulnerado el muro y asaltado a un hombre” (Svampa 2013: 13, mi énfasis). La población de Villa Quimey está preocupada, ya que se entera que la seguridad que hasta ahora ha brindado el muro es meramente “aparente” (cfr. cap. 4.1 de este trabajo). De esta manera, ya al comienzo de la novela se pone en duda la función protectora del muro. Asimismo, esta cita es también un primer indicio sobre la posibilidad de que aquello que se muestra no sea de hecho lo que realmente es, sino una mera apariencia o construcción.

“La acción es como la de un *tornado*. Algo que lo *sobrepasa*, una fuerza *desmesurada* de la naturaleza, un *remolino* de aire *frío* que *irrumpe a gran velocidad*, se *infiltra* por las habitaciones y comienza a *destruir* todo lo que encuentra a su paso, sin dejar a salvo ningún rincón” (Svampa 2013: 14, mi énfasis). Esta descripción cargada de referencias a la violencia, la destrucción y el poder arrasador de los eventos sucedidos en la casa de Maggioranza durante el robo especifica la fuerza devastadora que tendrá el asalto y que repercutirá, como un “tornado”, en toda la ciudad. La imagen del tornado se usará como metáfora primordialmente a lo largo de todo el primer capítulo (cfr. 15, 19, 22, 23, 36), acentuando la violencia con que suceden los eventos y el efecto catastrófico que tiene este episodio de intrusión para toda la población. Igualmente, señalando la inseguridad imperante, el joven delincuente a quien se le disparó un tiro por equivocación que rozó el rostro de la víctima “no parece preocuparse por lo que acaba de suceder” (19), sugiriendo que al intruso no le importaría

matar. Esto se concluye con la percepción de la víctima respecto al “desorden demencial que reina en la casa” (Svampa 2013: 20). Como consecuencia, el orden de la casa, el barrio y, en definitiva, “el orden social”, han sido alterados al haberse transgredido ciertos límites o normas (el muro ha sido “vulnerado”, cfr. 13; cfr. Newman 2007: 27).

La alusión a las apariencias y a las construcciones se repite con las especificaciones del ambiente del narrador sobre Maggioranza frente a la comisaría: “[m]ás cerca del arte que de la realidad, como en una composición, el cielo aparece *atravesado* de pinceladas *violentas*, tonos *rojos* y *violetas*” (Svampa 2013: 21, mi énfasis). Este acontecimiento debería ser en realidad un momento sin sobresaltos para el personaje, ya que, terminado el asalto, él simplemente se dispone a hacer su primera visita a la comisaría para denunciar lo sucedido. Sin embargo, la violencia se hace nuevamente presente a través del “cielo *atravesado*” y los colores violentos, que provocan un tono de inquietud. Además, la alusión a la composición artística retoma una vez más el motivo de la construcción (o “composición”) de una imagen de seguridad o inseguridad, lo cual se asocia al capítulo 3.4 de este trabajo, donde la (in)seguridad se construye y tiene más que ver con relaciones de poder que con hechos delictivos específicos (cfr. Newman 2007: 42; Müller 2012: 18; Müller 2016: 6). De hecho, los periodistas y el policía hablan de una “falla” en la construcción del sistema de seguridad (cfr. Svampa 2013: 22, 34) y Maggioranza sueña con ella (cfr. 53).

5.1.2 Construcción espacial y social de las diferencias y los límites

Espacialmente hablando, en la ciudad de Villa Quimey hay diferencias evidentes en cuanto a la distribución de y acceso al territorio (cfr. *spatial justice* en Bachmann-Medick 2019: s/p). Mientras los habitantes del barrio cerrado poseen sus casas lujosas con jardines en un espacio delimitado por un muro, los habitantes fuera de él viven hacinados. En el barrio pobre es común la ocupación de tierras, ya que no tienen lugar donde vivir o asentarse, hecho que ya no parece sorprender a los aparentemente privilegiados habitantes de la ciudad amurallada (cfr. Svampa 2013: 32). Acorde a esta desigualdad sistemática en la distribución del espacio, el basurero está ubicado “más allá del muro” y no dentro del barrio cerrado. La población que vive fuera del muro se ha enfrentado por el control del mismo como fuente de subsistencia (cfr. 27, 30), intentando hacerse de los escasos recursos que quedan a su alcance.

Asimismo, a pesar de que políticamente el barrio cerrado está instalado en una ciudad llamada Villa Quimey, es percibido, al menos por sus habitantes, como una ciudad en sí, completamente diferente a la “ciudad” que se ubica fuera de él. En este sentido, el espacio exterior al barrio es considerado explícitamente “la *otra* ciudad” (28, mi énfasis), siendo “*la*” ciudad el barrio cerrado. Así, por ejemplo, Maggioranza se dirige al “casco urbano de *la* ciudad” (28, mi énfasis), dándose por

sentado que *la* ciudad es el espacio cerrado que él habita. También, la percepción que tienen los habitantes de la población del otro lado del muro señala la brecha social entre estos dos espacios: la hija de Maggioranza, Sandra, ante su decepción por el robo a su padre, exclama en la comisaria que los asaltantes eran “dos pibes chorros que saltaron el muro” (Svampa 2013: 25), mostrando su convicción de que no existen dudas que los criminales vienen de “afuera”. Asimismo, con la expresión “pibes chorros” está señalando a jóvenes que provienen de barrios pobres. Esto es reafirmado por la perspectiva de Maggioranza cuando piensa que de la otra ciudad es de donde “*con certeza* provienen los pibes chorros que entraron a su casa” (28-29, mi énfasis).

De igual manera, las divisiones sociales se manifiestan en el acceso diferencial a objetos de consumo. Por ejemplo, entre los objetos robados que Maggioranza declara en la policía se encuentran “dos máquinas fotográficas, una filmadora, un grabador, un DVD” (25). Igualmente, Maggioranza se traslada en camioneta (cfr. 24), su hija, Sandra, conduce un automóvil (cfr. 33) y en el barrio hay servicio de taxis (cfr. 42). En cambio, este tipo de posesiones y prácticas no tienen lugar fuera del muro, lo cual indica que las prácticas de los habitantes en la ciudad también crean diferencias (cfr. Grimson 2012: 206; Margulis 2002: 527).

A su vez, en este capítulo aparecen las primeras pistas sobre la etnia como relevante en los procesos interseccionales de inclusión y exclusión (cfr. Newman 2007: 33) y asociada a la distribución del espacio en la ciudad (cfr. Margulis 2002: 528). Así, los delincuentes “vestían unos buzos aún más oscuros que el rostro” (Svampa 2013: 14). En su declaración Maggioranza define a los atacantes de “piel oscura, rasgos indígenas, como *cualquier pibe del otro lado* del muro” (36, mi énfasis). Asimismo, el agente de la policía que aparentemente aún no tiene demasiada experiencia es “de rasgos aindiados” (cfr. 24).

Por lo tanto, en este capítulo se muestra que la inequidad social y espacial está vinculada con la configuración del espacio urbano (cfr. *social justice* en Wiegand 2017: 224). A pesar de la insistencia de la arquitectura del barrio en instalar un espacio “contenedor” de una población o cultura delimitada, se impone a lo largo de la historia la idea del espacio relacional (cfr. cap. 3.1; Bachmann-Medick 2019: s/p). Así, los aspectos que modelan el barrio son en efecto las prácticas, los usos de los habitantes de la ciudad, así como la manera en que ellos se relacionan con los espacios vecinos y perciben a los otros. De esta manera, los límites y divisiones concretas y abstractas son constituidos tanto espacial como socialmente (cfr. van Houtum 2012: 406).

5.1.3 Legitimación y negociación de la violencia policial

La legitimación del accionar de la policía cobra desde el primer capítulo de la novela una gran importancia. La institución policial se presenta como el organismo estatal encargado de velar por el

“orden social” y en pos de este objetivo posee “el derecho a usar la fuerza física” (cfr. cap. 3.4.2 de este trabajo; Müller 2012: 17, mi traducción). Por ejemplo, para reforzar la conformidad a las leyes de la intervención policial, un agente declara en los medios: “El occiso, Diego Barrientos, de quince años, intentó resistirse y disparó contra un uniformado”. “Fue legítima defensa” (Svampa 2013: 35). Además, “el gobierno municipal [...] avaló el accionar policial” (47), lo cual muestra que el orden social, así como la vigilancia son de índole político y que el Estado mismo legitima la violencia policial (cfr. Müller 2012: 18). La aclaración del ministro a los medios ilustra esta idea: “[c]onsideramos legítimo que, si los policías son agredidos, éstos se defiendan” (Svampa 2013: 47). En este sentido, también es interesante que Maggioranza se entera por el personal de limpieza de la comisaría y no por los medios de comunicación que el disparo que recibió la víctima fue por la espalda (40). Esto significa, que los medios también participan, junto al Estado y la institución policial, de la legitimación de las funciones policiales y políticas. Por lo tanto, esto revela en parte un “Estado negociado” donde sus maniobras son modeladas por diversos actores, hecho que ganará más protagonismo a lo largo de la novela (cfr. Müller 2012: 4, mi traducción; cap. 3.4.2 de este trabajo). Al mismo tiempo se construye una imagen específica del gobierno y de las funciones policiales. El Estado se presenta como protector y las funciones policiales, como institución en función del rol protector del Estado (cfr. Müller 2012: 207, 17)

De esta manera, las protestas del “otro lado” del muro por la muerte del asaltante son fuertemente reprimidas por la policía dejando un saldo de un muerto y más de una decena de heridos (cfr. Svampa 2013: 44-45). En estas protestas participan solamente los vecinos que viven fuera del muro (cfr. 45), acentuando el carácter de ciudad independiente y desconocida que tienen ambos lados del paredón. Ante estos hechos el comisario declara en los medios que la institución policial “no p[uede] permitir[se] tales desbordes que ponen en riesgo la paz social” (47), reforzando la idea de que la policía es la encargada de mantener un orden social específico (cfr. Müller 2012: 17). A su vez, la represión llevada a cabo por los agentes policiales es un límite (abstracto) que se les impone a los vecinos fuera del muro. Es como decir “basta” a este tipo de manifestaciones, interviniendo para reestablecer esa “paz social” (u orden social) definida por diferencias, por límites visibles e invisibles que hacen que estos vecinos se encuentren siempre en una situación más desventajosa que los que habitan el barrio cerrado, es decir, hacen que el orden social (negociado) se reproduzca (cfr. Newman 2007: 27; Müller 2012: 4, 17; cap. 3.4.1 de este trabajo).

5.1.4 El “otro” amenazante y desconocido

El obrar del órgano policial y del gobierno incluye la constitución de la invisibilidad del “otro”. El policía cuenta sobre los numerosos robos que ocurrieron en la ciudad (dentro del muro) pero aclara

que “por suerte, no hay que lamentar ninguna víctima” (Svampa 2013: 34). Sin embargo, se sabe que uno de los asaltantes murió al ser disparado por la policía. Por lo tanto, el agente policial ignora deliberadamente que uno de los sospechosos está muerto. De esta manera, lo hace “invisible”, privándolo del derecho a existir y, por lo tanto, a habitar ese espacio (cfr. Müller 2016: 7). Así, la construcción de una imagen del “otro” como peligroso es fundamental para el funcionamiento del Estado negociado (cfr. cap. 3.4.2 de este trabajo).

Como resultado, las declaraciones de la policía y de los políticos, así como la información provista por los medios de comunicación anteriormente mencionados construyen el miedo al “otro” (cfr. Newman 2007: 42), es decir, a los vecinos fuera del muro, al mismo tiempo que aumentan la sensación de inseguridad (cfr. Chalfin 2012: 289). Estas estrategias son esenciales para perpetuar las irregularidades en el accionar policial y político. De esta manera, la percepción del “otro” también está construida (cfr. Newman 2007: 42) y es funcional al orden social preestablecido.

Ante el miedo y la sensación de inseguridad, aparece ya en este capítulo el deseo incipiente de tomar más medidas para reforzar la seguridad del barrio. Este aspecto se relaciona con lo señalado por Müller (2016), a saber, que en situaciones de temor ante la amenaza, real o potencial, de un “otro” peligroso la población suele pedir el endurecimiento de las medidas de seguridad y, por ende, de la intervención policial (cfr. 8). En este caso, cuando recién comienzan a divulgarse las noticias sobre varios robos en el lado oeste del muro y, por lo tanto, apenas empieza a generarse el miedo y una imagen de invasión desde “el otro lado”, las demandas de seguridad se resuelven más a nivel doméstico, cuando, por ejemplo, la hija de Maggioranza le sugiere a su padre que “lo que él necesita es un par de perros guardianes” (Svampa 2013: 24). Este deseo se va a repetir en el mismo capítulo cuando su hija insiste en los perros, esta vez “de raza, como los rottweiler” y afirma que “con el muro no alcanza” (32). Sin embargo, esta preocupación de los ciudadanos por la inseguridad y el afán de agudizar las medidas contra los actos criminales va a aumentar rápidamente. Los vecinos que asistieron a la conferencia de prensa sobre la protesta en el lado exterior al muro por la muerte del asaltante y la represión policial festejan con “aplausos” la decisión de involucrar a la gendarmería (cfr. 47) para reprimir aún más a los manifestantes, a pesar de que los enfrentamientos hasta ese entonces ya habían causado al menos un muerto y una docena de heridos (cfr. 44-45).

Si bien Maggioranza no se muestra interesado por los perros en particular, sí siente la inseguridad y sospecha de los controles de vigilancia a la salida y entrada del barrio cerrado. Por eso, cuando abandona el barrio para dirigirse al basural no se atreve a decirles a los guardias la verdad de hacia dónde se dirige: “[n]o podría explicar por qué no les dice la verdad” (28), cuenta el narrador omnisciente. Igualmente, esta sensación de inseguridad se extiende incluso más allá del personal de vigilancia hacia las afueras del muro, hacia el “otro”, ya que poco después de llegar al basurero,

ubicado en las afueras de su barrio, al sentirse observado por gente del lugar, lo invade el “miedo” y se retira del lugar lo más rápido posible (cfr. Svampa 2013: 30). Así, la construcción de un ambiente de “inseguridad” ha surtido efecto.

En tanto no se produce el encuentro entre un lado y el otro del muro, el considerado “otro” permanece desconocido y así, amenazante (cfr. Newman 2007: 41). “[H]ace mucho tiempo que [Maggioranza] no transita por la zona del Alto, la *otra* ciudad” (Svampa 2013: 28). De hecho “a veces pueden pasar *años* sin que él atravesase el muro. No hay necesidad tampoco” (29, mi énfasis). De esta manera, sin contacto se perpetúa la brecha y el desconocimiento entre los dos espacios. La percepción de ambos barrios como separados y completamente incompatibles se vuelve insuperable (cfr. Newman 2007: 41). Así, las divisiones aparecen como normales, a tal punto que para Maggioranza el muro ya está naturalizado: “siente que el muro está allí desde siempre” (Svampa 2013: 29), como si perteneciera al paisaje, no viendo ni al muro ni al vecino del otro lado.

5.2 “Más allá del muro” (segundo capítulo de la novela)

Como se notó en el cuarto capítulo de este trabajo, el segundo capítulo de la novela da voz a los encuentros que tienen lugar en un espacio que no es ni un lado ni el otro del muro, sino que se ubica alejado de él, donde el contacto entre los habitantes de ambos lados puede tener lugar más fácilmente. Para encontrarse, los personajes involucrados deben salir de su espacio, traspasar el límite de su barrio y el límite social. De esta manera, surgen en este capítulo los primeros indicios de transgresión de algunos límites que se desarrollarán durante la novela y que fueron abordados detalladamente en el capítulo 4.2 de este trabajo. Asimismo, se hacen evidentes las categorizaciones y jerarquías, así como las reglas propias que dominan la sociedad. Además, aparece la noción de la inequidad social como legado del colonialismo (cfr. Hönke / Müller 2012: 386; Grimson 2012: 195), reforzando la idea expuesta en el capítulo anterior de que los límites se construyen no solo espacialmente sino también socialmente (cfr. van Houtum 2012: 406) y donde el criterio de la etnia se vuelve determinante en las prácticas de establecimiento de fronteras y divisiones sociales (cfr. Newman 2007: 33).

5.2.1 Límites sociales y espaciales

Las divisiones materiales e inmateriales en la sociedad se crean tanto en lo social como en lo espacial (cfr. van Houtum 2012: 406). Por un lado, el personaje que en este capítulo representa en principio el espacio urbano dominante de Villa Quimey, es decir, el barrio amurallado, es Santiago. Nació en una familia adinerada, asiste a un colegio bilingüe, su padre es anestesista y su madre, fisioterapeuta (cfr. Svampa 2013: 65, 58). Tuvo la oportunidad de recibir tratamiento médico para su grave problema de visión en varios países del extranjero (cfr. 58). En el verano se fue de vacaciones con su familia a Mendoza, alojándose en un “lujoso spa”, haciendo visitas con “un grupo selecto” y conduciendo una

“cuatro por cuatro” (cfr. Svampa 2013: 97). Estos aspectos señalan su acomodada posición social y económica, la cual difiere enormemente de las reducidas posibilidades de los que viven del otro lado del muro. De esta forma, estos “lujos” en ningún momento podrán ser disfrutados por los personajes que habitan fuera del barrio.

Por otro lado, Ailén representa en este capítulo el “afuera” del muro. Es la hija mestiza de diecinueve años del “Loco Ringel”, el profesor suplente de Santiago (cfr. 67). Consciente de la clase a la que pertenece (clase “popular”, cfr. 94) por ser mestiza y haber crecido fuera del muro (cfr. 83-96), le asegura a Santiago, con quien comienza a tener una relación amorosa, que ella “tiene otra vida” (85) en la cual no tiene elección (cfr. 86). Siente que su destino es permanecer donde creció, con sus primas en el barrio pobre (cfr. 88) y aquellos beneficios que en la vida de Santiago son considerados normales (véase párrafo anterior) no existen en la vida de los que habitan de su lado del muro.

Por su parte, la condición de pertenencia de Ringel también está definida social y espacialmente (cfr. van Houtum 2012: 406). Si bien había vivido en el barrio privado y era descendiente de alemanes (cfr. Svampa 2013: 67), había decidido tomar distancia de ambos lados de la villa. Ya no vivía ni en la ciudad amurallada ni del lado exterior al muro, sino en una cabaña en la zona de la estepa, “más allá o por fuera de la geografía urbana conocida” (66), sentando un precedente de transgresión de límites tanto sociales como espaciales y siendo, por consiguiente, una persona que no pertenece ni a un lado ni al otro de esta división social y espacial (cfr. 177; cap. 4.2 de este trabajo).

5.2.2 Clasificaciones sociales y lógica propia

El muro significó la creación de un orden (cfr. Newman 2007: 27). Se dividió a la ciudad entre un “adentro” y un “afuera”, un “nosotros” y un “ellos” (cfr. 34-35), separando a sus habitantes y creando categorías para ubicarlos en ese espacio (cfr. 33). Desde la perspectiva del barrio amurallado, la categoría del “otro” comprende a los habitantes del otro lado del muro, pero simultáneamente dentro de este compartimiento de “otros” se crearon a su vez más categorías (cfr. 27) para identificar a los trabajadores en el barrio cerrado que provienen de afuera y realizan trabajos en su mayoría no cualificados, permitiendo la discriminación explícita de quien no pertenece a este lugar y su control dentro del espacio del muro.

Así, “el *mundo* [...] en el lado oeste” (Svampa 2013: 62, mi énfasis) está organizado con un código de siete colores. Las distintas funciones que desempeñan los prestadores de servicios en el barrio cerrado están señaladas con uniformes de diferentes colores. Es decir, la vestimenta aparece como un elemento distintivo de la categoría a la que se pertenece. Estas clasificaciones ya se mencionan en el primer capítulo de *El muro* pero es en el segundo capítulo donde se explican

expresamente. De esta manera, la policía “que tiene poder de fuego” lleva el chaleco anaranjado (cfr. Svampa 2013: 63, 14). En cambio, los vigilantes de los puestos de control en el muro, es decir “la policía urbana”, que lleva bastón, usa chalecos amarillos (cfr. 63, 28). Los “jardineros y parquistas” así como el personal de limpieza de la vía pública deben identificarse con los chalecos verdes (cfr. 63, 40), mientras las niñeras trabajan de violeta. Los chalecos añil o índigo son usados por “las empleadas domésticas”, como mucamas o cocineras (cfr. 63). El chaleco azul representa a los empleados de comercio (cfr. 149). Por último, el color rojo fue designado para los cartoneros porque son “los más revoltosos” (cfr. 64, 30).

Al mismo tiempo, los periodistas se identifican “prolijamente” con un chaleco, pero este es blanco (cfr. 22). Santiago asegura que el blanco no puede compararse con los otros colores porque es la condición para la existencia de todos los otros colores (cfr. 64). Este argumento otorga al color blanco, y con él a los periodistas, un valor superior al de las otras funciones. Por eso, Santiago, consciente de las clasificaciones de los trabajadores en su barrio, no incluye a los periodistas entre estas siete funciones que forman la clave de organización de ese “mundo”.

“Un *mundo* muy ordenado *el de ustedes*” exclama Ailén (64, mi énfasis), sugiriendo que el barrio del lado oeste y el barrio del lado este se manejan con lógicas totalmente distintas, como si fueran de hecho dos mundos diferentes. Este aspecto sobre la percepción de dos ciudades en una misma ciudad ya se había mencionado respecto a la constitución corográfica del texto en el capítulo cuatro de este trabajo. Sin embargo, aquí aparece un segundo aspecto digno de mencionar, a saber, que no solo ambos barrios son percibidos como ciudades separadas, sino que además se organizan con reglas muy distintas. Así, como explica Santiago, el barrio cerrado tiene sus propios códigos para organizarse (cfr. 62-64). En este sentido, el barrio amurallado funcionaría como una isla, ya que posee su propia manera de organizarse, independientemente de lo que ocurra en la ciudad en su totalidad, por lo que afuera del muro, por ejemplo, la división de chalecos no existe (cfr. Ludmer 2004: 105). Asimismo, recordando que Maggioranza por años no tiene la necesidad de salir del muro (véase capítulo anterior), los habitantes de la isla no necesitan el contacto con el exterior y, por ende, con el “otro”. Así, los residentes del barrio cerrado “miran” más hacia adentro que hacia afuera, reforzando el carácter autónomo y excluyente de la isla (cfr. cap. 2 de este trabajo) así como acrecentando el desconocimiento entre los diferentes espacios.

5.2.3 La desigualdad social como legado del colonialismo

Antes de levantarse el muro, el territorio fuera de él ya estaba poblado por gente carente de recursos que vivía en casas improvisadas, sin los servicios ni las instalaciones básicas. Estaban “diseminado[s] por los cerros, más allá de la Avenida Roca que, con muro o sin muro, siempre había partido en dos

la ciudad” (Svampa 2013: 74). Es decir, que esta división espacial y social ya existía incluso antes de haber sido erigido el paredón, lo cual refuerza la idea de que las fronteras se constituyen tanto en lo espacial como en lo social (cfr. van Houtum 2012: 406). Así, el muro “pretendía dividir la ciudad en dos zonas” (Svampa 2013: 76), profundizando espacialmente una grieta que se había formado mucho tiempo antes.

La población de estos barrios pobres estaba compuesta mayormente por “indígenas y mestizos que venían escapando de la furia del volcán que había liquidado a gran parte de las ovejas” (74). Esto remite a la advertencia de Grimson (2012) respecto a la idea de frontera que históricamente está asociada con el contacto con indígenas (195). En la época colonial, la población nativa fue expulsada de sus tierras y desde entonces han vivido una historia de expulsión-exclusión que en la novela se reproduce. Así, en *El muro*, esta población se dedica en general a trabajos no cualificados, mal remunerados e inestables (cfr. Svampa 2013: 74). Esto no es casual y tiene, nuevamente, un referente extratextual: como legado del colonialismo, en el poscolonialismo se reproduce la inequidad social por la cual los indígenas se ubican en el escalafón más bajo de la jerarquía social y los descendientes de las poblaciones europeas en el más alto (cfr. Hönke /Müller 2012: 385; cfr. cap. 3.4.3 de este trabajo). Esta desigualdad se refleja asimismo en las prácticas diarias de sus habitantes, en este caso frecuentemente racistas y discriminatorias (cfr. Grimson 2012: 206). Esta temática es retomada especialmente en este capítulo, que narra que la población del lado oeste se preguntaba una y otra vez:

¿por qué eran tantos? ¿No era cierto entonces que los habían exterminado a todos? ¿Por qué no se habían quedado allá lejos, arrinconados en la meseta solitaria, juntando leña y criando ovejas en sus reservas miserables? ¿Acaso la cólera del volcán no habría podido llevárselos a ellos también, junto con lo que quedaba de sus flacos animales? ¿Qué podía hacerse con todos esos jóvenes de rostros oscuros e inescrutables que bajaban, multiplicados en malón, hacia el centro de la ciudad, invadiendo sus callejuelas, sus maravillosos paseos turísticos y su coqueta costanera frente al lago, durante largas horas del día, sin decir ni hacer nada? ¿Podría soportarlo la ciudad que habría sido elegida para enterrar los peores secretos de la vieja Europa? (Svampa 2013: 75-76)

Manipulando la historia (los nativos se presentan aquí como los “invasores”), se construye una imagen perniciososa del indígena, haciéndose presente nuevamente el aspecto étnico como decisivo en la creación de diferencias, con el fin de excluirlo e incluso despojarlo del derecho a habitar la ciudad (cfr. Müller 2016: 7) y, por tanto, del “derecho a la ciudad” misma, ya que se encuentran imposibilitados incluso de intervenir en el espacio urbano para satisfacer sus necesidades (cfr. Locane 2016: 87; cap. 3.2.).

De este modo, esta construcción del “otro” indígena como un invasor, y por lo tanto como un peligro para la ciudad, ya se manifiesta en el primer capítulo y va a reaparecer a lo largo de la novela perpetuando las diferencias (cfr. Newman 2007: 42). Esta estrategia de repetición pone en foco la

temática de la construcción de un “otro” indeseable posibilitando una crítica respecto a los discursos que generan seguridad o inseguridad (véase cap. 6 de este trabajo).

5.3 “El lado este” (tercer capítulo de la novela)

Como se adelantó en el cuarto capítulo de este trabajo, el “lado este” representa el espacio urbano fuera del muro, habitado en su mayoría por descendientes de indígenas con muy bajos recursos. Por lo tanto, este capítulo se narra desde la perspectiva de este lado del muro y el personaje que destaca es un habitante de estos barrios, Orestes Loncopán, ex albañil, desempleado (cfr. Svampa 2013: 129), con problemas de salud (cfr. 119) y sin cobertura médica (cfr. 140).

5.3.1 Espacio restringido y mantenimiento del orden social

Loncopán con su esposa, su hija, el marido de su hija y sus cuatro hijos viven “amontonados como animales en un corral”. “Su casa es pequeña, apenas dos habitaciones y un comedor”; “no había podido añadir un tercer dormitorio”, se narra sobre Loncopán. Y se aclara que “[n]i en su barrio ni en otros cercanos hay más lotes” (Svampa 2013: 102). Por lo tanto, Loncopán participa en una toma de terrenos “fiscales”, que supuestamente nadie reclamaría, para ayudar a su hija a conseguir un lugar propio donde vivir (cfr. 102, 104). Sin embargo, es desalojado y detenido por la policía (cfr. 101-103). Lo mismo le había ocurrido durante la dictadura, cuando había intentado ocupar unos terrenos cerca del lago (cfr. 103).

La lucha por el derecho al espacio urbano no es exclusiva de la familia Loncopán. Representa las restrictivas condiciones en las que algunos sectores en la sociedad están obligados a vivir. Este problema y la reivindicación del “derecho a la ciudad” coincide con lo ocurrido en la vida real, donde a partir de la década de los noventa se intensifican las protestas por el mismo (cfr. Locane 2016: 70). Poseer el derecho a la ciudad implica poder configurar el espacio urbano de acuerdo a lo que se necesite (cfr. 87). No obstante, a ciertos grupos se les niega rotundamente este derecho y se busca que no les sea posible adquirirlo, al mismo tiempo que, como se adelantó en el capítulo anterior (cfr. cap. 5.2.3 de este trabajo), directamente se los priva del “derecho a habitar” este espacio (cfr. Müller 2016: 7).

Por lo tanto, se trate, como en la primera toma, de terrenos ubicados a metros del lago, los cuales pueden resultar de cierto atractivo para los residentes más pudientes (cfr. Svampa 2013: 103), o bien se trate de terrenos sin servicios públicos cerca de un basural, como en la ocupación más reciente (cfr. 108, 109), los cuales probablemente no serán elegidos por las familias privilegiadas para vivir, el hecho es que a los sectores menos beneficiados se les obstaculiza habitar este suelo. Si bien las tomas son ilegales a la vista de la ley existente en ese momento, la historia muestra que los grupos sociales dominantes actualmente ocuparon, siglos atrás, estos espacios que les pertenecían a los

indígenas. Así, la desigualdad social y de acceso a los espacios es un aspecto que está presente desde la época del colonialismo (cfr. Müller 2012: 385; Grimson 2012: 195).

Este orden social y su falta de equidad requieren de mecanismos que aseguren su mantenimiento (cfr. Newman 2007: 35). En este sentido, vale recordar que hay espacios que en teoría están designados para ser percibidos de forma pasiva por sus habitantes (cfr. Locane 2016: 91). Por consiguiente, para los jóvenes delincuentes el lago “siempre fue y será de los otros, de la gente que está del otro lado”, por lo que es una situación que según ellos es imposible cambiar (cfr. Svampa 2013: 127). Algo similar ocurre con Loncopán quien, a pesar de haber ayudado a su hija en la toma, estaba seguro de “que el lago jamás sería de ellos” (cfr. 101). De igual forma, este advierte sobre los jóvenes delincuentes que “[s]i no es la yuta⁹ quien termine por matarlos [...] será el turno de algún cable electrificado o de una jauría de perros cebados en algún asalto por ahí en los kilómetros” (123), señalando el destino supuestamente inalterable de los jóvenes. Esta observación remite no solo al hecho de que la rebeldía de los jóvenes no los conducirá a ningún beneficio o cambio, sino hace referencia también a mecanismos para garantizar el respeto de la frontera establecida por el muro, así como a la institución policial como uno de los supuestos garantes de este orden social. En esta lógica de pasividad, el muro aparece como naturalizado. Loncopán siente que “es como si hubieran pasado mil años [desde su construcción]” (115). De igual forma, nota que “cuando [los jóvenes delincuentes] crecieron el muro ya estaba allí y formaba parte del paisaje patagónico y de sus curiosas postales turísticas”, señalando el carácter de costumbre e inacción que había generado el muro tanto para los habitantes de ambos lados del paredón como para los visitantes, que fotografiaban el muro como un mero distintivo típico del lugar (cfr. 115; Locane 2016: 91).

5.3.2 Inseguridad urbana, Estado negociado y corrupción

De acuerdo al mecanismo del Estado negociado vigente en América Latina (cfr. Müller 2012: 4) la inseguridad en el barrio cerrado no es generada solamente por los criminales. En ella también participan aquellas instituciones que en teoría son consideradas por la población como garantes del correcto funcionamiento del orden social, como la policía (cfr. 4, 22). Por consiguiente, y basándose en estas referencias teóricas extratextuales, las funciones de control y vigilancia en Villa Quimey se vuelven, así como el Estado mismo, negociables (cfr. 22, 18): “[s]on los mismos chalecos anaranjados [es decir, la policía] los que les abren [a los delincuentes] la puerta sur del muro, les adosan un chaleco azul, para que parezca que ellos trabajan de ese lado [...] y luego los llevan en un vehículo hasta las casas marcadas” (Svampa 2013: 112).

⁹ En lenguaje coloquial en Argentina “yuta” significa policía.

En este trato la policía determina las condiciones y los jóvenes continúan ocupando, en el intercambio como en la sociedad, una posición desventajosa (cfr. Svampa 2013: 113). Los jóvenes son conscientes de “que el muro está ahí para proteger a los garcas y que contra eso no se puede hacer nada, sólo p[ueden] saltarlo de vez en cuando y sacarles un poco de lo que tienen” (126). Por tanto, los jóvenes “*trabajan* para la policía que custodia el muro” (117, mi énfasis), es decir, negocian con la policía, dentro de las posibilidades que les permite su condición social, una forma de sobrevivir en esta ciudad, pero sin tener esperanzas de que la situación pudiera cambiar (cfr. Locane 2016: 91). De esta manera, la idea de seguridad, así como la de inseguridad, se construye, se negocia (cfr. Müller 2016: 5) y está abocada a asegurar que las diferencias sociales y espaciales continúen (cfr. Newman 2007: 37). Así, los jóvenes del otro lado del muro siguen siendo considerados delincuentes y la policía, a pesar de ser corrupta, continúa ejerciendo autoridad de control.

Asimismo, como parte de los procesos de construcción de la seguridad y del Estado negociado, se involucró en el levantamiento del muro de concreto a los mismos vecinos que iban a ser excluidos del barrio amurallado. Fueron trabajadores residentes de las zonas más empobrecidas los que edificaron la muralla. Fue una oferta de trabajo, es decir, una vez más, un acuerdo o negocio, entre los sectores más y menos pudientes. Por eso, manifiesta Loncopán que “[e]ra como un laburo más” y que él y sus compañeros pensaban que era “provisorio” (cfr. Svampa 2013: 117, 116). Sin embargo, esta estrategia sirvió para terminar de concretar las fronteras planeadas, así como para profundizar la brecha social y el desconocimiento entre los dos sectores urbanos (cfr. Newman 2007: 42, 37, 41).

5.3.3 El proceder policial y la (in)seguridad urbana

El abuso de la institución policial en los sucesos de la novela va más allá de sus negocios corruptos. Los agentes policiales hacen uso de la fuerza física para proteger el orden negociado (cfr. Müller 2012: 17). A pesar de no haber puesto resistencia, los detenidos durante las tomas fueron golpeados por la policía (cfr. Svampa 2013: 103, 110). Igualmente, los jóvenes delincuentes, al no respetar el acuerdo que tenían con la policía, fueron salvajemente golpeados y uno de ellos murió (cfr. 111, 135).

Siguiendo la misma lógica, durante la manifestación de los vecinos del barrio fuera del muro en contra de la conducta policial en los hechos recientes, la fuerza de gendarmería “rápidamente opt[ó] por reemplazar la goma y los gases por munición de plomo”, lo que llevó a “dos muertos más” y varios heridos (cfr. 138). Estas escalaciones del conflicto condujeron a que los manifestantes exijan el “retiro de gendarmería y los grupos especiales de este lado de la ciudad como prenda necesaria para comenzar a hablar de paz social” (139). Asimismo, exigieron el despido de los agentes involucrados en las muertes y la clausura de la seccional de policía donde habían estado detenidos

los jóvenes abusados (cfr. Svampa 2013: 136). Sin embargo, se debe destacar que este clima de inseguridad desbordada y todas las protestas se generan en el lado exterior al muro y no en su barrio interior. Los vecinos del barrio amurallado no participan en estas manifestaciones en contra del accionar abusivo de la policía. Al contrario, como se expuso en el análisis del primer capítulo de la novela, que relataba los hechos desde el punto de vista del lado oeste (amurallado) (cfr. cap. 5.1.4 de este trabajo), el barrio cerrado incluso apoyó la intervención de gendarmería para finalizar con las protestas (cfr. Svampa 2013: 47). De esta manera, lo que para los vecinos excluidos son medidas injustas e inapropiadas y requieren el cese de la operación policial, para los habitantes del exclusivo barrio son medidas de seguridad. Esto evoca una vez más la idea de que tanto la seguridad como la inseguridad son una construcción (cfr. Müller 2016: 5) y señala que las diferentes apreciaciones de un mismo evento remiten a divisiones en la sociedad que están tanto social como espacialmente construidas (cfr. van Houtum 2012: 406).

5.3.4 La construcción de un “otro” amenazante

En conformidad con la actitud abusiva de la policía y con el objetivo de crear y reforzar la imagen del “otro” como alguien que no acata el orden social y por lo tanto es un peligro para la sociedad (cfr. Müller 2012: 17, 22; Newman 2007: 42), se encuentran numerosas citas de los diálogos que mantuvo la policía con los detenidos del barrio del este, Loncopán y los jóvenes delincuentes. Algunas de ellas son las siguientes: “La gente como él [Loncopán] es toda igual, vagos, borrachos, ladrones” (Svampa 2013: 102), “¿Persona de trabajo? [...] *Chileno e indocumentado*, eso es usted” (102, mi énfasis), “[I]ndocumentado, extranjero e ilegal” (134), “[L]os vamos a llevar a todos hasta la frontera, *chilotes de mierda*” (103, mi énfasis), “Así que era cierto que sos argentino. Mirá qué cosa, che, ahora le dan la nacionalidad a cualquiera” (133), “[E]stos pibes nacen siendo delincuentes” (121), “*Indios sucios, negros de mierda*” (113, mi énfasis). Por un lado, estos ejemplos reiteran que para la policía estas son personas indeseables y transgresores del orden, a saber, “ilegales”, “indocumentados”. Por otro lado, en los diálogos destacan dos aspectos que históricamente están asociados a procesos de exclusión: la etnia y la nacionalidad. La etnia, factor que ya ha sido señalado anteriormente, ha sido siempre un criterio para el establecimiento de fronteras. Ya en la época colonial en Latinoamérica, la formación de la nación, es decir, de un “orden” nacional, implicaba la expulsión de los indígenas (cfr. Grimson 2012: 195; Newman 2007: 33). Asimismo, también asociada a la formación de la nación es la idea del extranjero como el enemigo, en particular los chilenos, entre otros (cfr. Grimson 2012: 204). Por lo tanto, las categorías de “extranjero chileno” y de “indígenas” sirven para recrear la idea de preservación del orden y combate de la amenaza externa, legados del colonialismo para el orden social poscolonial (cfr. cap. 3.4.3 de este trabajo).

5.4 “Un muro demasiado lejos” (cuarto capítulo de la novela)

El cuarto capítulo pone en evidencia la dificultad para superar los muros, visibles e invisibles, en la sociedad. Salvar las diferencias y sortear las divisiones en la sociedad establecidas supone un gran desafío tanto para los habitantes de un lado del muro como del otro.

5.4.1 Diferentes tipos de “muros”

En este capítulo se menciona explícitamente por primera vez otro tipo de muro que no es el de concreto. “Una cosa era atravesar un par de veces por semanas el *muro de las diferencias*, llegar hasta la cabaña y disfrutar glotonamente del amor libre [...], y otra muy diferente era pensar que Santiago y ella podían partir sin agenda fija por las rutas del país” (Svampa 2013: 148, mi énfasis), pensaba Ailén. Así, la joven mestiza era consciente de que era posible burlar de vez en cuando las convenciones sociales y encontrarse con su amante proveniente del “otro” lado, del barrio cerrado, pero concebía irrealizable transgredir estas reglas para siempre. Esto indica que los límites, visibles o no, influyen en la posibilidad de pertenencia a un sector social o lugar (cfr. Newman 2007: 27). De esta manera, el “muro” de las diferencias sociales y espaciales no se dejaba atravesar fácilmente, ni el “otro” lado ofrecía mayores oportunidades para alojar a los que venían de afuera. Por eso, Ailén no quería “engañarse a sí misma” (Svampa 2013: 148).

También se podría hablar del “muro” de la accesibilidad a los recursos en general. Las mellizas dueñas del restaurante donde comenzará a trabajar Ailén comentan que en lugar de darle a quien tiene hambre un “pescado” debería enseñársele a pescar; pero aclaran que igualmente el primer problema sería que el lago, un recurso material necesario, tiene dueño (cfr. 167). Por lo tanto, se manifiestan, una vez más, “barreras” de diferentes tipos. Por un lado, existen las invisibles, como la falta de acceso a la formación o educación (ejemplificando en “pescar”). Por otro lado, están las barreras visibles, como las paredes en la costa del lago, que obstaculizan el acceso a recursos materiales concretos, como las aguas del mismo (cfr. Newman 2007: 27). Además, una de las mellizas agrega que no sirve de nada “enseñar a pescar, si te agarra un perro rottweiler y te hace pedazos, o un guardia privado y pum, te dispara” (Svampa 2013: 168), en alusión a las medidas extremas de seguridad que toman los habitantes del barrio cerrado. Estas medidas también son un límite, un obstáculo para cualquier comportamiento que no se ajuste a lo considerado como norma.

Las distintas clases de “muros” que dividen a la sociedad y limitan el acceso a los recursos materiales e inmateriales restringen asimismo el derecho a habitar la ciudad y el derecho a la ciudad misma, ya tematizado en el análisis de los capítulos anteriores (cfr. Müller 2016: 7; Locane 2016: 87). Como resultado, conscientes de estas problemáticas, las mellizas reivindican activamente el derecho al acceso a las costas del lago (cfr. Svampa 2013: 169). Con esto lo que ellas hacen es

reclamar el derecho mismo “a la ciudad” (cfr. Locane 2016: 70) demandando la recuperación y preservación de los espacios públicos perdidos (cfr. Janoschka / Borsdorf 2006: 105; Pégolis 2005: 31-33; cap. 2 de este trabajo).

5.4.2 Clasificaciones y distinciones sociales en pos de la reproducción del orden social

Los excluidos del barrio estaban “destinados” a desempeñar trabajos determinados si querían insertarse laboralmente del lado oeste del muro. Por este motivo se habla de “afrontar el destino, aunque lo que viniera, junto con el color previsible de los chalecos, no fuera más que [...] *amarga repetición*” (Svampa 2013: 148, mi énfasis). Así, las referencias al destino se reiteran en varias oportunidades (cfr. 145, 147, 148), reforzando la idea de que las funciones que tenían los miembros en esta sociedad estaban preestablecidas. Por lo tanto, hay un orden social predeterminado que pretende organizar a sus miembros según las necesidades de quienes definieron el orden y que tiene como objetivo reproducir el status quo donde cada uno cumple con la tarea designada por una parte de la sociedad (cfr. Newman 2007: 35).

En la necesidad de clasificar y ordenar a la sociedad, los chalecos, como ya se explicó anteriormente (cfr. cap. 5.2.2. de este trabajo), desempeñan un rol importante siendo un arte de códigos sociales que los usuarios del espacio cerrado deben respetar (cfr. Svampa 2013: 159). Eran llamativos en sus colores, “fácilmente detectables por lo automóviles, los controles policiales en el centro de la ciudad, en los kilómetros o aun en los restaurantes que se encontraban al pie de los cerros nevados” (149). O sea que, por un lado, el límite a la forma de vestir de los trabajadores genera un orden (cfr. Newman 2007: 27). Por el otro, mantiene a los trabajadores siempre identificables y, como consecuencia, más fácilmente controlables (cfr. Schimanski / Wolfe 2007: 14). De esta forma, este es uno de los métodos excluyentes que promueven la “estigmatización” y generan, en su afán de asegurar e identificar meticulosamente a las personas, una sensación de inseguridad para todos los habitantes del espacio urbano (cfr. Chalfin 2012: 289; cap. 3.4.2 de este trabajo).

Otro aspecto que en Villa Quimey se usa para distinguir a ciertos sectores sociales es el étnico. Este rasgo vuelve a aparecer en la novela como definitorio de la pertenencia a ciertos espacios y la obtención de determinados privilegios (cfr. Newman 2007: 33). Es el origen mapuche lo que hace que a Ailén le ofrezcan el trabajo de camarera en el restaurante “Las Cacerías”, a pesar de no tener ninguna experiencia laboral (Svampa 2013: 154-55). Las dueñas del restaurante, las mellizas Acevedo, consideran que a los “turistas extranjeros” les encantaría que los atendiera “una indígena”. Consciente del exabrupto, pero no logrando aún la delicadeza necesaria en su expresión, una de ellas aclara que “a los extranjeros les gusta que los sirvan”, equiparando en cierta medida el “ser indígena” con la tarea de servir (cfr. 155). De esta manera, se reproducen las diferencias sociales entre blancos

y nativos arraigadas en la sociedad desde la época colonial, donde los indígenas fueron sometidos a la voluntad de los blancos (cfr. Hönke /Müller 2012: 385; Grimson 2012: 195). Por eso, en la entrevista, más que hablar del puesto laboral, las dueñas polemizan el tema del origen de las personas y de cómo “de este lado del muro” algunas descendencias están mejor valoradas que otras (cfr. Svampa 2013: 154). En este sentido, comentan que antes de la construcción del muro hubo protestas de los vecinos que iban a quedar excluidos por la muralla y los habitantes del futuro barrio cerrado no podían creer que “los indígenas o los morochos” fueran capaces de haberse organizado por sí mismos (cfr. 178). Además, discuten sobre el significado de la palabra “originario” y el mestizaje (154-156). Así, esta conversación pone de manifiesto la relevancia del aspecto étnico como un factor interiorizado en la sociedad como determinante y, por lo tanto, siempre presente (cfr. Newman 2007: 33).

5.4.3 El desconocimiento y la imagen incompleta del “otro”

El desconocimiento del “otro” lleva frecuentemente a tener una idea equivocada o incompleta del mismo (cfr. Newman 2007: 41). Ya en el capítulo 5.1.4 de este trabajo se destacó que Maggioranza podía pasar años sin cruzar el muro, ya que no tenía necesidad de ello (cfr. Svampa 2013: 29). En el cuarto capítulo, se señala a Ailén y a sus primas, habitantes del barrio carenciado, como ejemplo de la falta de contacto entre los habitantes de un lado y el otro. “Años atrás, sus primas y ella *creían* que del otro lado del muro la vida debía de transcurrir de modo diferente, más intensa, más audaz, seguramente dispendiosa, hecha de puro vértigo” (149, mi énfasis), por lo que aún sin conocer ese otro lado ya se lo habían imaginado de una determinada manera. Se imaginaban ese otro espacio como mejor y más excitante. “En varias ocasiones [...] las tres se las habían *ingeniado* para pasar la tarde completa del otro lado” (149, mi énfasis), por lo que estas salidas (o, mejor dicho, “entradas”) eran como “excursiones” excepcionales para ellas, y no una práctica de rutina, ya que no les era fácil traspasar el muro. Por ejemplo, para ingresar debían presentarse en uno de los puestos de control e identificarse con su documento de identidad (cfr. 149).

En cualquier caso, tanto habitantes de un lado como del otro no conocían a sus vecinos y el contacto entre ellos no se fomentaba en ningún momento. Tal como sucede a nivel extratextual en la ciudad moderna, no existen a lo largo de toda la novela espacios públicos que favorezcan el encuentro entre los diferentes barrios; o por lo menos no se mencionan, siendo esto también un indicio de su reducida relevancia (cfr. Margulis 2002: 531-532). Por este motivo, a pesar de las visitas al barrio amurallado que las jóvenes podían realizar de vez en cuando, siempre experimentaban un sentimiento de enajenación. La narración devela que, llegada la tarde, a las primas las impulsaba el “deseo de huir, de escapar lo antes posible, de abandonar ese territorio ajeno, dejar atrás el extrañamiento, para

volver del otro lado del muro e incrustarse en sus márgenes protectores” (Svampa 2013: 150). Por lo tanto, eran conscientes de que, no perteneciendo al barrio cerrado, eran parte de los “márgenes” de la sociedad. De este modo, continuaba evitándose el contacto con el otro lado: “¿qué sería de ella entre toda esa gente desconocida? ¿Qué tenía que ver con todos ellos? Con Santiago, con las mellizas”, se narra sobre Ailén (cfr. 172). De esta manera, al no haber prácticamente interacción entre los diversos grupos sociales, la cohesión social se dificulta, la distancia entre ellos se agranda y crecen el temor y la desconfianza, perpetuando así las diferencias (cfr. Janoschka / Borsdorf 2006: 105; Pérgolis 2005: 31-33; Locane 2016: 102; Newman 2007: 42).

5.4.4 Construcción de la (in)seguridad

Ante las manifestaciones en contra de la construcción del muro se había generado “pánico” entre los habitantes que estaban a favor de él. Se inventó que existía el riesgo de saqueos en las tiendas del barrio. Incluso “se repartieron volantes con instrucciones *bélicas* acerca de qué hacer en caso de que las *hordas* del Alto *invadieran* el Bajo” (Svampa 2013: 180, mi énfasis). De forma similar a lo que sucedió en la realidad durante la expansión colonizadora, donde se debía enfrentar bélicamente a los indígenas y expulsarlos para asegurar las nuevas fronteras nacionales (cfr. Grimson 2012: 195, 204), los vecinos del barrio cerrado debían estar preparados para defender sus límites en caso de que los descendientes de indígenas los “invadieran”. Por eso, se llegó incluso a “ensay[ar] un [...] plan de evacuación, con helicópteros y rescatistas” (cfr. Svampa 2013: 181). Todo fue cubierto por los medios de comunicación (cfr. 182). De esta manera, lo que ocurre es un “simulacro” organizado por autoridades y medios de comunicación respecto a los hechos y la opinión de los ciudadanos que incentiva la distancia entre los afectados y la sensación de temor e inseguridad (cfr. Margulis 2002: 532).

Bajo estas circunstancias se construye también la imagen misma de “seguridad”. Estos “simulacros” conducen a que algunos vecinos de lo que iba a ser el barrio privado tomen la iniciativa de “pagar por su cuenta a la policía” (cfr. Svampa 2013: 181), dando inicio al sistema de seguridad privada en el barrio. De esta forma, la seguridad pasa a ser negociada, pactada entre actores públicos y privados (cfr. Müller 2012: 4).

5.5 “Intramuros” (quinto capítulo de la novela)

En este capítulo la perspectiva vuelve a centrarse en el barrio cerrado y se develan las percepciones de algunos personajes residentes del barrio sobre el espacio en que habitan. A su vez, se aborda el tema de la seguridad como un sistema mediado y, en definitiva, una vez más, construido.

5.5.1 Los residentes del barrio cerrado y los usos del espacio urbano

Como ya se ha notado en varios capítulos anteriores, los límites que separan la población de un lado y otro del muro están socioespacialmente contruidos (cfr. van Houtum 2012: 406). La hija de Maggioranza, Sandra, lleva una vida privilegiada junto a su familia en el barrio cerrado, en una casa con vista al lago (cfr. Svampa 2013: 229) y asistidos por dos empleadas domésticas (cfr. 206). Dentro de esta construcción social de este sector favorecido, hay elementos que marcan el estatus social y económico de los habitantes que en ningún momento tienen lugar en los barrios fuera del muro. Por ejemplo, en la familia de Sandra, cada miembro adulto conduce su propio automóvil (cfr. 217). Su hija menor asiste a una escuela de danza clásica (cfr. 194); su esposo practica deportes regularmente en el club (cfr. 196). Sandra organiza una fiesta de cumpleaños sorpresa para su marido en el lujoso restaurante “Las Cacerías”, con servicio de catering y cuidadoso diseño (cfr. 195, 209-210). Todas estas son situaciones que no existen en los barrios carenciados, por lo que las prácticas que llevan a cabo los residentes de un espacio ponen de manifiesto la desigualdad social entre los diferentes estratos sociales (cfr. Margulis 2002: 257).

Sandra debe conducir varios kilómetros, sin necesidad de atravesar el muro, para ocuparse de diversos quehaceres. Al principio de su recorrido, “le echa una ojeada al muro, casi sin verlo, como si lo llevara incrustado en su retina” (Svampa 2013: 194). Las fronteras que separan este espacio (social y espacial) de otros se han vuelto imperceptibles. La costumbre de mirarlo y no verlo se ha convertido en una práctica habitual,¹⁰ la cual, sin embargo, acentúa las disparidades, ya que los habitantes excluidos del barrio amurallado sí ven y sienten el muro como una amenaza y una clara división (cfr. Margulis 2002: 257; Svampa 2013: 237).

En su trayecto Sandra se encuentra con empleados con distintos chalecos, con quienes el trato es impersonal y exclusivamente profesional (cfr. 197-198). Como ellos trabajan para los residentes, pero no viven allí, la relación también está jerarquizada. De esta forma, como ya se ha señalado en capítulos anteriores, los chalecos como distintivos y categorías de estratificación de los trabajadores jerarquizan el contacto y sirven a la exclusión, así como a la distancia entre el “nosotros” y el “ellos” (cfr. Newman 2007: 34-35). Por este motivo, así como por la falta de espacios de uso común, que nunca se mencionan en la novela, en ningún momento se hace posible un acercamiento entre los diferentes sectores sociales (cfr. Margulis 2002: 531-532).

Aún más, en el proceso de distinguir a los trabajadores a partir del chaleco que portan, se los trata como meras categorías, es decir, más como objetos que como sujetos. Así, por ejemplo, Santiago habla del “chaleco anaranjado” refiriéndose claramente al agente policial que vestía el chaleco de ese

¹⁰ Véase frase en el epígrafe (cfr. Svampa 2013: 9) así como cap. 4.4 de este trabajo.

color (cfr. Svampa 2013: 225). Las personas que llevan uniforme se vuelven de este modo identificables y clasificables por la función o utilidad que representan en este orden creado y no por su persona. Esto recuerda la prevalencia en un sistema capitalista de la circulación del capital, por lo que los objetos, intercambiables, serán valorados según su función y rendimiento en el sistema, lo cual determinará la configuración del espacio urbano llevada a cabo por un sector dominante (cfr. Wiegand 2017: 227, 231).

Asimismo, las fronteras y divisiones no solo aparecen entre el barrio cerrado y los sectores excluidos de este, sino también dentro del mismo barrio excluidor. Vecinos del barrio amurallado se apropiaron ilegalmente de las costas del lago, impidiendo que otros habitantes del barrio tuvieran acceso a ellas. “[C]onstruían muelles ilegales o impedían el acceso libre a la ribera del lago” (Svampa 2013: 213-214). “[L]as costas del lago tenían dueño” (214). Es decir, se establecen a su vez nuevas categorías de excluidos fomentando más divisiones y reduciendo, de esta manera, aún más las posibilidades de contacto incluso entre los mismos habitantes del exclusivo barrio (cfr. Newman 2007: 33). Por su parte, las mellizas, atentas a los cambios urbanos y las reducciones de los espacios públicos, protestaban activamente por defender el acceso libre a las costas del lago por lo menos para la totalidad de los vecinos del barrio cerrado. Sin embargo, su actitud no era compartida por muchos de los usuarios quienes permanecían pasivos ante estos cambios abruptos en la configuración urbana. De este modo, podría sugerirse que estos reaccionan tal como habría sido planeado por ciertos grupos de la sociedad (cfr. Locane 2016: 91). Esta supuesta pasividad también es criticada respecto a los vecinos de la ciudad que quedaron del lado exterior al muro y que se habrían “resigna[do] a que le partieran la ciudad” en dos (cfr. Svampa 2013: 216), si bien este juicio sería incompleto, ya que no considera la privación de recursos de todo tipo a la que están sometidos estos sectores.

5.5.2 La seguridad como un sistema mediado

Nuevamente se menciona la “falla” para referirse a los hechos delictivos de los últimos días (Svampa 2013: cfr. 224). La falla sugiere un error en el sistema de seguridad. Por consiguiente, en tanto sistema, la seguridad, así como su falla, la inseguridad, estarían programadas, construidas (cfr. Müller 2016: 5). En esta construcción también cumplen un rol los medios de comunicación. El canal local transmite sobre “un confuso episodio” (cfr. Svampa 2013: 230), por el que el “titular de la Regional de la Nueva Policía Cordillerana” aclara que el disparo que recibió el delincuente menor de edad “no fue intencional” (cfr. 130). Asimismo, ante las manifestaciones violentas de los vecinos del barrio fuera del muro frente a la seccional, la policía habría utilizado “balas de goma y gases lacrimógenos”, lo cual condujo a que en los medios el comisario “*justific[ara]* el accionar policial y llam[ara] a la calma a los vecinos” (cfr. 231, mi énfasis), explicando que los agentes solo “*resisti[eron]* el ataque”

(Svampa 2013: 231, mi énfasis). De esta manera, a través de los medios, la institución policial defiende su proceder y caracteriza sus métodos como defensivos, destinados a “resistir” más que a reprimir activamente (cfr. cap. 5.1.3 de este trabajo). Como resultado, por un lado, las declaraciones del comisario pretenden, en función del “Estado protector”, reafirmar que estas medidas tienen el objetivo único de garantizar la seguridad de los habitantes (cfr. Müller 2012: 207). Por el otro, justifican el derecho de la policía a usar la fuerza física para mantener el orden social determinado (cfr. 17).

En este sentido, el comisario comunica que Gendarmería Nacional debe intervenir porque los sucesos están “pon[iendo] en riesgo la paz social” (cfr. Svampa 2013: 232). Seguido a ello, los medios informan que fue necesario suspender las clases en las escuelas, lo cual se presenta como una evidencia de la inminente alteración de la llamada “paz social” (cfr. 233). Asimismo, los medios repiten que el comisario “insistió” en que el menor fue disparado “durante una pelea” contra la policía en la que el joven “portaba un arma de fuego”, algo que el comisario no habría dicho anteriormente en la conferencia de prensa (cfr. 235). De esta forma, esta información refuerza la estrategia defensiva y protectora de la institución policial. Igualmente, el medio local informa que el gobierno provincial, por su parte, considera la intervención de Gendarmería tanto represora como preventiva (cfr. 235), por lo que en su función preventiva estaría incluida la intención ya sugerida por la policía de preservar el orden social. Esto contribuye a la figura del Estado negociado abordada en otros capítulos, por la que el Estado ejercería sus funciones junto con actores de todo tipo, como la policía y los medios de comunicación (cfr. cap. 5.3.2 de este trabajo; Müller 2012: 4, 18).

Por su parte, es el canal nacional y no el local el que menciona la posibilidad de que la muerte del menor sea “un caso de gatillo fácil”. Además, el medio nacional informa que uno de los dos jóvenes detenidos “habría sido torturado” (cfr. Svampa 2013: 236). Estos hechos que delatan el abuso de la institución policial no son explícitamente transmitidos en el canal local, mostrándose nuevamente el carácter negociable del rol del Estado con los medios recién mencionado. Además, la transmisión nacional incluye parte de los pedidos de los manifestantes, entre los que destaca “Abajo los muros de la vergüenza. Por una ciudad libre de muros” (237), poniendo la atención en “los muros” en general como desencadenante de los conflictos entre los dos lados.

Por lo tanto, en este capítulo se hace evidente una vez más la función activa que tienen tanto la administración policial como los medios de comunicación en la construcción de una imagen determinada de seguridad o inseguridad en Villa Quimey (cfr. Müller 2016: 5). Al mismo tiempo, se destaca que los medios, “mediando” entre los habitantes de la ciudad y los actores estatales, pueden interferir en esta construcción facilitando o impidiendo el acceso a la información o incluso posibilitando “simulacros” respecto a lo sucedido (cfr. Margulis 2002: 532).

5.6 “Las voces del muro” (sexto capítulo de la novela)

5.6.1 Miedo al desconocido, falta de interacción

Como se ha mostrado en el análisis de capítulos anteriores, la creación de la imagen del “otro” como alguien amenazante hace que los ciudadanos del barrio cerrado no tengan ningún tipo de contacto con sus vecinos que viven afuera de la muralla. Como consecuencia, se genera miedo en ambas partes, el cual fomenta el desconocimiento del “otro”. Esta falta de contacto y este temor no hacen más que perpetuar las diferencias y dificultar la interacción entre un grupo y otro (cfr. Newman 2007: 41, 42, 37). Esta dinámica influye en el encuentro entre Orestes Loncopán y Orestes Maggioranza, ambos vecinos de Villa Quimey pero residentes en diferentes lados del muro. Loncopán quiere devolverle a Maggioranza la alianza matrimonial que uno de los delincuentes le había dado cuando estuvo detenido (cfr. Svampa 2013: 245). Por un lado, Maggioranza tiene miedo de que la entrega del anillo sea un pretexto para engañarlo. No está convencido de la buena fe de un desconocido proveniente del otro barrio. Por otro lado, Loncopán, residente del barrio humilde, percibe esta distancia y temor y le asegura que sólo quiere regresarle el anillo (cfr. 247). Sin embargo, él mismo también tiene miedo a ser perjudicado si Maggioranza avisara a la policía que él tiene su anillo (cfr. 250, 262). Además, teme ser humillado por Maggioranza (cfr. 264). En este intento de acercamiento y de superación del completo desconocimiento entre ambos le pide que “entienda la situación” (cfr. 246), refiriéndose no solamente a su propia situación de vida sino también a la de su barrio. Con este propósito, le cuenta que la “gente humilde” es la única desprovista de tierras donde vivir (cfr. 245), que dos jóvenes que “trabajaban para la policía” habían estado detenidos con él y que a uno “lo habían torturado” (246) e insiste en que él es “un hombre de trabajo” (247). De esta forma, Loncopán busca no solo establecer el contacto sino también reducir el temor y lograr un vínculo de entendimiento mutuo.

Como el temor y la duda ante los vecinos de los barrios desfavorecidos está instituido, concretar el encuentro se vuelve incómodo para ambos (cfr. Newman 2007: 37) (recuérdese incluso que Maggioranza no salía durante años del sector amurallado por lo que no tenía ninguna posibilidad de interacción en el espacio exterior; cfr. Svampa 2013: 29; cap. 5.1.4 de este trabajo). Finalmente, el encuentro se concreta, por sugerencia de Maggioranza, afuera del barrio privado, ahorrándole a Loncopán los problemas que podría causarle atravesar el muro que en esos momentos está estrictamente vigilado por Gendarmería (cfr. Svampa 2013: 250, 261). Ya cara a cara, el temor se reduce (cfr. 266). Por lo tanto, los encuentros entre habitantes de espacios diferentes y distantes hacen que el miedo disminuya y la interacción sea posible, lo cual contradice lo indicado por un orden social que fomenta la distancia y la diferencia entre espacios aparentemente incluidos y otros explícitamente excluidos (cfr. Newman 2007: 42, 37).

5.6.2 Los muros y otras construcciones de exclusión

“Sólo se ha preservado el propio muro que divide la ciudad, que yace silencioso e íntegro, bajo la vigilancia estrecha de las tropas de la gendarmería” (Svampa 2013: 241). Este es el comentario de la radio ante los desmanes de los manifestantes en el segundo día de protestas. Se hace evidente que los muros no se sostienen por sí mismos, sino que hay que habilitar la fuerza física y represora, en este caso con la intervención de gendarmería, para que puedan mantenerse en el tiempo. Es decir, para que los límites creados se sostengan es necesaria la existencia de actores, ya sea la policía, gendarmería o sectores sociales que se involucren activamente en la preservación de estas divisiones (cfr. Müller 2012: 17, 4, 18).

Asimismo, el sistema excluidor creado repudia también a sus propios habitantes. De esta manera, se crean nuevos grupos de excluidos (cfr. Newman 2007: 33). Por ejemplo, ya se había mencionado en el capítulo anterior que algunos residentes del barrio privado se habían adueñado de las costas del lago privando a otros vecinos de acceder a ellas (cfr. cap. 5.5.1 de este trabajo). En este capítulo, Santiago, al querer buscar a Ailén, se equivoca de dirección e intenta ingresar a una residencia fortificada (cfr. Svampa 2013: 257). Esta, como muchas de las residencias mencionadas, bloquea el acceso al lago (cfr. 258); es decir, excluye a sus propios vecinos del barrio amurallado del acceso al recurso lacustre.

Sin embargo, en este evento aparecen otros elementos que, originalmente pensados para enfrentar la amenaza que suponían los habitantes fuera del barro privado, se reproducen ahora como generadores de exclusión para los mismos vecinos del exclusivo barrio. Así, cuando Santiago salta el paredón, dos rottweilers lo atacan y queda inconsciente (cfr. 260-261). Muros y perros guardianes, algunas de las medidas extras a favor de las cuales estaban los residentes del barrio cerrado para incrementar la seguridad (cfr. 32, 123, 168), se manifiestan ahora en contra de los mismos habitantes a quienes supuestamente las medidas de seguridad debían proteger. Por lo tanto, estos eventos refutan la premisa de que los muros y el barrio cerrado con sus estrictas medidas de seguridad y control ofrecen de hecho más seguridad (cfr. cap. 1 de este trabajo). La supuesta protección provista por el barrio cerrado y el muro a sus habitantes es ilusoria. Estas disposiciones de límites y protección, en lugar de ofrecer más seguridad, se construyen como estrategias de dominación y responden a los intereses de los creadores de un orden social específico, por lo que los instrumentos de seguridad aplicados pueden volverse en contra de sus propios usuarios (cfr. Schimanski / Wolfe 2007: 14; Newman 2007: 37; Müller 2012: 4, 18). Así, por ejemplo, los gendarmes en los accesos del muro, calificando la situación como “peligrosa” y así erigiéndose una vez más como “protectores” del barrio (cfr. Müller 2012: 207), decidieron “cerrar la ciudad a cualquier tránsito vehicular” (Svampa 2013: 287-288). De esta forma, a partir de ese momento los mismos vecinos del barrio cerrado se encuentran

cautivos del sistema y espacio que creyeron estaban destinados a custodiarlos. Por lo tanto, se puede conjeturar que las normas de seguridad establecidas por el “Estado negociado”, en el que participaron la policía, la gendarmería, los vecinos de uno y otro lado del muro, entre otros actores, son una construcción que no está necesariamente destinada a ofrecer mayor seguridad. En todo caso, estas se expresan en más o menos seguridad según las necesidades para mantener ese orden indicado por los actores dominantes de turno, tal como sucede en el mundo extratextual latinoamericano (cfr. Newman 2007: 37; Müller 2012: 4, 18).

6. Reflexiones sobre el análisis de la novela

En el primer subcapítulo se reunirán los aspectos más sobresalientes del análisis por capítulos de *El muro* realizado en el quinto capítulo de este trabajo, y se harán algunas interpretaciones preliminares al respecto. Luego, en el segundo subcapítulo, se retomará el análisis literario sobre la construcción de la ciudad textual en el medio de la novela, llevado a cabo en el cuarto capítulo de este trabajo, para interpretarlos junto con las ideas esenciales del análisis por capítulos recién mencionado.

6.1 El análisis por capítulos de la novela

A lo largo de la novela hay elementos que se repiten y son relevantes para comprender la manera en que se configuran el espacio del barrio cerrado y su seguridad. Basándose en el análisis realizado (cfr. cap. 5 de este trabajo) se abordarán estos aspectos y se sacarán las conclusiones pertinentes que contribuirán en parte a llegar a la conclusión final en el sexto capítulo de este trabajo. Entre estos elementos destacan: la (in)seguridad como una construcción, la construcción y reproducción de un “otro” amenazante, el Estado y la seguridad negociados, la construcción social y espacial de las diferencias sociales, la desigualdad social como legado del colonialismo, la privación del derecho a habitar la ciudad y la perpetuación del desconocimiento del “otro”.

En reiterados capítulos aparecen la seguridad, así como la inseguridad, como una construcción (cfr. Müller 2016: 5). Por ejemplo, en el primer capítulo de la novela, en un ambiente de miedo y sensación de peligro ante la noticia de uno de los asaltos en el barrio privado (cfr. cap. 5.1.1 de este trabajo), la policía, que está involucrada en la organización de los delitos, refuerza medidas de control para hacer frente a la inseguridad que ella misma facilitó. Asimismo, los medios de comunicación transmiten los acontecimientos dando espacio a determinados portavoces como políticos del gobierno y autoridades policiales. En este proceso de construcción, también manifiesto claramente en el análisis del tercer capítulo de la novela (cfr. cap. 5.4.4), la policía obtiene el aval de las autoridades gubernamentales, que hablan en los medios de comunicación y califican el proceder policial como defensivo en lugar de abusivo (cfr. Svampa 2013: 47, 35), si bien uno de los delincuentes falleció al ser disparado mientras se encontraba de espaldas por un agente policial (cfr. 40). Como resultado, las

autoridades construyen una manera de interpretar el hecho delictivo en la que la institución policial sale airosa de la situación, aunque hubiera abusado de su autoridad y participado de negocios criminales. Así, se influye la manera en que los ciudadanos conciben la seguridad y la inseguridad en la ciudad. En otras ocasiones, por ejemplo en el sexto capítulo de la novela, se revela el carácter ilusorio de la política de seguridad del barrio cerrado, por la que este y su muro no ofrecerían realmente mayor seguridad. De esta manera, a pesar del reforzamiento de las disposiciones de seguridad, ya sean oficiales (como controles más estrictos al ingreso del barrio) o informales (como perros guardianes y paredones más altos rodeando las casas), la exposición a la inseguridad crece para los vecinos tanto de un lado del muro como del otro (cfr. cap. 5.6.2 de este trabajo; Chalfin 2012: 289; Schimanski / Wolfe 2007: 14). Así, en tanto ilusión, la seguridad y la inseguridad son una creación. Igualmente, en el análisis del cuarto y quinto capítulo de la novela, se manifiesta la realización de “simulacros” por parte de diversos actores, destacándose la policía, los medios de comunicación y el gobierno, que manipulan la opinión pública y fomentan un clima de inseguridad que finalmente sirve a la dominación y control de todos los sectores de la sociedad. Esto, a su vez, conduce nuevamente a gran temor y motiva la toma de mayores medidas de seguridad (cfr. cap. 5.4.4, 5.5.2 de este trabajo).

De esta forma, el accionar policial (cfr. cap. 5.1.3, 5.3.3) así como la participación del gobierno y los medios de comunicación (cfr. cap. 5.5.2) son de gran relevancia en la construcción de una imagen de seguridad al intentar legitimar ciertos procedimientos, justificando sus actividades y mostrando solamente una parte de los acontecimientos. En este contexto se hace imprescindible la creación y reproducción de la imagen del vecino fuera del barrio amurallado como una amenaza para la sociedad exclusiva del barrio privado (cfr. Newman 2007: 41-42). Este aspecto aparece a lo largo de todo el análisis de la novela (cfr. cap. 5.1.4, 5.2.3, 5.3.4, 5.4.3, 5.6.1 de este trabajo). A través del temor y la creencia en un “otro” invasor y peligroso se aseguran, por un lado, las divisiones sociales y se justifican más fácilmente la represión y muerte de los vecinos excluidos, incluyendo las prácticas de “gatillo fácil” (cfr. cap. 5.1.4, 5.3.4, 5.6.1). Por otro lado, también se avala el endurecimiento de medidas de seguridad por parte de la policía que afectan incluso a los mismos residentes del barrio privado y aumentan su calidad de cautivos (cfr. cap. 5.6.1; Chalfin 2012: 289).

Por lo tanto, en esta construcción en la que toman parte diversos actores, el “Estado negociado” se hace notar. Usualmente aplicado a los Estados latinoamericanos del mundo extratextual, el carácter negociable de las funciones del Estado y de su función de seguridad y vigilancia es determinante en el desarrollo de los eventos y la creación de un ambiente seguro o inseguro en la novela (cfr. Müller 2012: 4). Por ejemplo, en el tercer capítulo de *El muro* esta negociación se manifiesta claramente (cfr. cap. 5.3.2 de este trabajo). Aquí se muestra cómo el control

y la vigilancia, así como la misma creación del muro como medida de seguridad son acordadas, explícita o implícitamente, entre todo tipo de participantes, desde el gobierno hasta la policía, incluyendo a la población de uno y otro lado del muro. En otras palabras, todos intervienen, de diferentes maneras, a que un orden social específico se lleve adelante.

Otros dos ejemplos claros del carácter negociado de la seguridad muestran el quinto y sexto capítulo de la novela. En el primero, los diferentes canales de televisión cumplen un rol importante en la percepción que los televidentes tendrán sobre las políticas de protección aplicadas (cfr. cap. 5.5.2 de este trabajo). En el segundo, se revela que la construcción negociada de la (in)seguridad conduce a una relativa cautividad de los residentes del barrio amurallado, quienes creían estar más seguros viviendo entre muros (cfr. cap. 5.6.2 de este trabajo). Por lo tanto, en la negociación de un determinado orden social y protector intervienen tanto actores estatales como civiles de toda índole.

Asimismo, el “Estado negociado” presente en la novela implica un orden social previamente pactado en base a una sociedad desigual (cfr. Müller 2012: 4). Las desigualdades se construyen tanto a nivel social como espacial (cfr. van Houtum 2012: 406). De este modo, por ejemplo, en el primer capítulo de *El muro* aparecen varios aspectos que desde lo socioespacial fomentan las diferencias en Villa Quimey y conducen a conflictos entre los distintos grupos sociales. Uno de ellos es la injusta distribución de territorios, por la que los vecinos excluidos del barrio cerrado viven hacinados en casas precarias mientras que los residentes del exclusivo barrio tienen derecho a más espacio y en mejores condiciones (cfr. cap. 5.1.2 de este trabajo; *spatial justice* en Bachmann-Medick 2019: s/p). Otro de ellos es el acceso dispar a objetos de consumo y standard de vida entre los residentes de uno y otro lado del muro (cfr. cap. 5.1.2 de este trabajo).

De igual manera, esta desigualdad marcadamente espacial y social reaparece en otros capítulos a través de, por ejemplo, las diversas clasificaciones sociales que realizan los residentes del barrio pudiente cuando identifican con chalecos a los trabajadores provenientes del otro lado del muro. Las categorías que establecen según sus funciones facilitan la discriminación y el control de los mismos (cfr. cap. 5.2.2, 5.4.2, 5.5.1). Igualmente, estas diferencias se manifiestan en la existencia de muros, tanto concretos como abstractos, como los paredones que impiden el acceso al lago o el “muro de las diferencias”, respectivamente (cfr. Svampa 2013: 148).

Otro aspecto relevante en el establecimiento de diferencias socioespaciales que en la novela se hace notar una y otra vez es el étnico (cfr. Newman 2007: 33; Margulis 2002: 528). El color de la piel, los rasgos físicos y la etnia se vuelven determinantes a la hora de decidir quién pertenece al barrio cerrado, quién tiene derecho a residir en la ciudad y en qué condiciones. Así, los descendientes de indígenas son los más perjudicados en todos los aspectos, mientras que los descendientes de los blancos europeos se reservan los mayores beneficios (cfr. cap. 5.4.2, 5.1.2, 5.2.3, 5.3.4 de este

trabajo). Al mismo tiempo, estas referencias a las exclusiones socioespaciales de indígenas y a una jerarquía entre ellos y los blancos remiten a la lógica que regía durante el colonialismo y que todavía influye en la sociedad actual del mundo real (cfr. Müller 2012: 385; Grimson 2012: 195). Por lo tanto, la desigualdad social instituida en Villa Quimey se presenta también como un resabio de la época colonial (cfr. cap. 5.2.3 de este trabajo), por el cual el estigma de invasor, ilegal y peligroso lo cargan los indígenas y sus descendientes, mientras que los blancos, quienes en ese entonces fueron los colonizadores, se erigieron (o “construyeron”) como los habitantes legítimos de este territorio. En base a esta inversión de roles se justifica la reiterada expulsión y exclusión de aquellos diferentes y que no encajan con el plan de la sociedad dominante (cfr. Müller 2012: 385; Grimson 2012: 195).

De igual manera, el carácter negociable de varias funciones del Estado y las diferencias socioespaciales instituidas fomentan en la novela la desigualdad en el derecho a habitar la ciudad (cfr. Müller 2016: 7). Esto se hace evidente fundamentalmente en el análisis de los tres primeros capítulos, donde los vecinos excluidos del barrio privado viven en espacios extremadamente reducidos y no pueden adquirir más terrenos donde vivir (cfr. cap. 5.1.4, 5.2.3, 5.3.1 de este trabajo). Sin embargo, la lógica excluyente y la privación del derecho a habitar un espacio se extiende hacia los mismos vecinos del barrio exclusivo cuando, por ejemplo, la mayoría de sus residentes ya no pueden disfrutar del lago y sus costas, al estar su acceso impedido por los vecinos que viven allí (cfr. Svampa 2013: 213-214; cap. 5.4.2 de este trabajo). En consecuencia, la tendencia a la exclusión y la privación del derecho a habitar el espacio urbano se reproduce, alcanzando incluso a aquellos que inicialmente excluyeron a otros, creándose así nuevas categorías de excluidos (cfr. Newman 2007: 33).

En esta configuración social y espacial excluyente que muestra *El muro* se observa también que no se menciona la existencia de espacios públicos. Por consiguiente, en Villa Quimey no hay lugares comunes que faciliten el encuentro entre los diferentes sectores sociales habitantes de los distintos barrios (cfr. Janoschka/Borsdorf 2006: 105; Pérgolis 2005: 31-33). En este sentido, el barrio privado posee características de “cronotopo posnacional”, ya que evita el contacto entre heterogéneos, se prescinde del exterior y se concentra exclusivamente en lo local, fomentando la segregación y el carácter insular, y manejándose con sus propias reglas (cfr. Locane 2016: 41, 82, 106; Ludmer 2004: 107). Así, en la novela, los lugares que permiten la socialización, como el club de deportes en el barrio privado (cfr. Svampa 2013: 197), sirven solamente para el encuentro entre los residentes del barrio excluyente, ya que todo aquel que vive fuera de él no los visita si no es en calidad de empleado. Por tanto, el contacto entre los vecinos de dentro y fuera del muro en este tipo de espacios es solo profesional y está jerarquizado (cfr. 197-198; cap. 5.5.1 de este trabajo). De esta forma, como se ve en la cita cuidadosamente programada entre Maggioranza, vecino del barrio privado, y Loncopán, vecino excluido del mismo, o en los encuentros entre los amantes Ailén y Santiago (cfr. Svampa

2013: 246-266; 83-96), ante la ausencia de espacios públicos el acercamiento y la amistad entre los considerados diferentes se tornan dificultosos (cfr. Margulis 2002: 531)

Por consiguiente, ante las reducidas posibilidades de conocer al “otro”, el desconocimiento entre los vecinos de un lado y otro del muro se perpetúa. Esto a su vez aumenta el miedo y la ignorancia hacia el “otro”, que se vuelve cada vez más ajeno. No se incentiva la necesidad de acercamiento sino, al contrario, se fomentan las diferencias (cfr. Newman 2007: 41-42; cap. 5.1.4, 5.4.3, 5.6.1 de este trabajo).

Por ello, la configuración del espacio y de un orden social predeterminado, basado en la desigualdad y la exclusión, así como negociado entre diversos actores, favorece la construcción de la imagen de un “otro” como peligroso. De este modo, se construye también un espacio como amenazador o amenazado, como seguro o inseguro, según las necesidades del sector dominante que se ocupa de reproducir este orden social para beneficiar a unos e ignorar a otros. Asimismo, para que se reproduzca este orden social y espacial, se aplican una infraestructura y medidas de vigilancia, control y represión que garantizan la perpetuación de las diferencias sociales, el desconocimiento del “otro” y la convicción entre los habitantes del espacio urbano de la necesidad de más seguridad y de la existencia permanente de potenciales conflictos.

6.2 El análisis de la ciudad textual en *El muro*

Atendiendo la idea de la seguridad como construcción, este apartado retomará algunas partes del análisis de la ciudad textual de *El muro* realizado en el cuarto capítulo de este trabajo para comprender cómo el medio de la novela, a través de diferentes estrategias, configura la ciudad segura o insegura. Como se expuso en el cuarto capítulo del presente análisis, son varias las técnicas que contribuyen a configurar el espacio urbano textual de la novela. Sin embargo, algunas de ellas construyen a Villa Quimey particularmente con determinados significados que conducen a cuestionarse su carácter seguro e inseguro, excluyente, discriminador, desafiante o insuperable, según el caso. En este sentido, destacan la especificación del ambiente, la transgresión de límites de los personajes, la polifonía y los paratextos.

En principio, la especificación del ambiente (cfr. Nitsch 2015: 32) es clave desde el inicio de la novela para crear la sensación de inseguridad reinante en el barrio privado a partir de los asaltos en distintos domicilios. Ya en el primer capítulo, centrado en los habitantes del barrio cerrado, hay varias descripciones que conciben un ambiente tenso y en las que sus personajes se sienten amenazados (cfr. Svampa 2013: 11-54; cap. 4.3 de este trabajo). Este ambiente es la condición necesaria para la acción que se desarrolla más adelante, a saber, los esfuerzos de la institución policial para implementar controles y procedimientos más rigurosos, lo cual termina incrementando el sentimiento de

inseguridad y caos (véase por ejemplo el tercer y quinto capítulo de la novela). Asimismo, hay especificaciones del ambiente que, en cambio, apuntan a generar la convicción de que en el exclusivo barrio se trata de un lugar seguro (cfr. Svampa 2013: 43). Este tipo de alusiones ayudan a comprender la confianza de los habitantes del barrio cerrado en que su espacio es realmente seguro y que todos los procedimientos habituales de los sistemas de vigilancia y control son una ventaja. Sin embargo, la especificación del ambiente también interviene señalando que esta seguridad puede ser solo una ilusión (cfr. 13, “aparente seguridad”) por lo que influye nuevamente en la acción y en la comprensión del lector evidenciando el carácter creado de la seguridad, sugiriendo en ocasiones seguridad y, frecuentemente, inseguridad.

El segundo aspecto, la transgresión de los límites de los personajes, promueve la reflexión (para el lector, así como para los personajes) sobre los prometidos beneficios del barrio amurallado. Por ejemplo, como se mostró en el capítulo 4.2 de este trabajo, los desafíos que deben superar Ailén y Santiago para encontrarse visibilizan el muro, recordando las diferencias y convenciones sociales que los separan (cfr. 73-94). Aunque se quieran, el miedo y el cambio de lo que implica el “otro” está presente. La transgresión de normas sociales que deben llevar a cabo para animarse a conocerse e ingresar a un espacio desconocido pone en cuestión las divisiones espaciales y sociales de Villa Quimey y evidencia la mecánica excluyente con que el barrio privado se conduce. Asimismo, la transgresión de límites de Ailén con su mudanza definitiva al barrio cerrado y con el acceso a recursos que pertenecen exclusivamente a ese espacio (cfr. 170-190) demuestra la injusticia en la posesión exclusiva de “seguridades” en este barrio, como un trabajo o una vivienda digna, de las que los vecinos fuera de los muros son privados.

De igual manera, los desplazamientos de Maggioranza y Loncopán para encontrarse brevemente en un bar, suponen la superación de miedos y costumbres propios del espacio en que viven (cfr. 245-266). Como se señaló en el capítulo 4.2 de este trabajo, ninguno de estos personajes tenía contacto con personas residentes del “otro lado” del muro, por lo que la concreción de un encuentro se torna dificultosa y prueba la profunda brecha social que construye la división espacial de Villa Quimey a través del muro. Finalmente, su encuentro se lleva a cabo sin problemas, por lo que es un indicio de que tal vez la totalidad de la ciudad que habitan no es necesariamente ni segura ni insegura y que desplazarse de un lado al otro no supone necesariamente un riesgo. Asimismo, el profesor Ringel había cambiado drásticamente su vida mudándose lejos de ambos lados del muro y casándose con una mujer indígena del barrio carenciado (cfr. 67, 79). Su actitud transgresora ilustra el barrio amurallado como un espacio hostil, excluyente, que estaba lejos de ser seguro y, en todo caso, suponía la cautividad y el acatamiento estricto de pautas excluyentes (cfr. 67, 71).

En tercer lugar, cabe mencionar la polifonía de la novela. En el capítulo 4.1 de este trabajo se explicó que esta técnica permite a la novela dar voz a diferentes personajes y espacios representativos de distintos sectores sociales de la historia. Con cada capítulo se presentan voces diferentes que exponen la conflictividad social promovida por la configuración espacial de Villa Quimey. De esta manera, por ejemplo, el segundo capítulo de la novela evidencia que ninguno de los dos lados del muro ofrece un ambiente adecuado para el encuentro entre personas de barrios diferentes, por lo que los personajes se encuentran en la estepa, apartada de ambos barrios (cfr. Svampa 2013: 55-98). De igual forma, el cuarto capítulo (cfr. 143-190) indica el obstáculo que supone el muro para el desarrollo de los personajes que habitan fuera de las murallas. Las divisiones se presentan como un desafío permanente. Como consecuencia, a través del relato coral se va configurando el espacio urbano dividido de Villa Quimey como un lugar excluyente, un impedimento y una amenaza tanto para los habitantes de uno como del otro lado del muro, siendo que los habitantes de ambos lados son afectados por las restricciones de control y espacio impuestas (cfr. cap. 6.1 de este trabajo). Así, la polifonía revela la complejidad de querer juzgar un espacio como seguro o inseguro según se lo observe desde una perspectiva u otra.

Por último, las voces que serán expresadas en cada capítulo están frecuentemente señaladas en el título del capítulo. Como se manifestó en el capítulo 4.4 de este trabajo, los paratextos, que en *El muro* además del título de la novela también incluyen el epígrafe, conducen a interpretar el espacio y el desarrollo de la historia de una manera determinada (cfr. Wirth 2009: 167, 170-171). De esta forma, estableciendo pautas de lectura, plantean además el espacio urbano de Villa Quimey como complejo, contradictorio y conflictivo, por lo que no resultaría tarea fácil definir la ciudad simplemente como segura o insegura. Las reiteradas referencias al muro en los paratextos, aunque algunos de los personajes ya no lo vean, revelan su importancia en la configuración de la ciudad, así como su potencial desafiante (cfr. cap. 4.4 de este trabajo).

Por consiguiente, la configuración narrativa de la ciudad textual de Villa Quimey a través de las estrategias abordadas también contribuye, junto a los aspectos trabajados en el capítulo 6.1, a construir un espacio urbano con características determinadas. En este espacio, y en los desplazamientos que en él se llevan a cabo, se revela la complejidad en la construcción de una imagen de ciudad (in)segura así como las dificultades, como los procesos de exclusión y cautividad, a las que sus personajes terminan expuestos.

7. Conclusión

El análisis de la novela *El muro* (Svampa 2013) ha posibilitado deconstruir el mundo ilusorio del barrio cerrado de Villa Quimey para demostrar que tanto la seguridad como la inseguridad en el barrio

cerrado son construcciones. Como conclusión, la hipótesis inicial de que la seguridad prometida por el barrio cerrado es una construcción y como tal no conduce necesariamente a una mayor seguridad pudo ser confirmada (cfr. cap. 1 de este trabajo). Igualmente, como lo anticipó la premisa en la introducción, se evidencia a lo largo del análisis que la seguridad construida no tiene por objetivo ofrecer seguridad, sino que guarda otros intereses que nada tienen que ver con la protección de sus habitantes. Al contrario, frecuentemente esta seguridad implica una desventaja para la totalidad de los residentes de la ciudad, de uno y otro lado del muro (cfr. cap. 1).

En la construcción de la (in)seguridad participan actores estatales y civiles, por lo que, tal como sucede en el mundo extratextual latinoamericano (cfr. cap. 2), se trata de un Estado y una seguridad negociados. Esta negociación algunas veces es informal e implica acuerdos corruptos, como lo muestra la participación de la institución policial en la organización de hechos delictivos (cfr. cap. 5.3.2; 5.3.3).

A su vez, el acuerdo por un modelo de seguridad implica una configuración urbana determinada y la creación de una imagen específica de las instituciones encargadas de la protección pública, a saber, el gobierno y la policía, para asegurar su funcionamiento. Por un lado, la configuración urbana de Villa Quimey, con el muro que divide a la ciudad en dos y la dispar distribución de territorio, genera y reproduce las diferencias sociales. Así, en el barrio amurallado se ubican los sectores sociales más altos y más adinerados, mientras que fuera de los muros habitan los grupos más carenciados y descendientes de indígenas. De este modo, se revela otro paralelo con la realidad: las desigualdades en la sociedad están configuradas tanto social como espacialmente, y en ellas el aspecto étnico también es de relevancia (cfr. cap. 3.4.1). La lógica discriminatoria se expresa igualmente en la ausencia de espacios públicos en la ciudad. Como resultado, las posibilidades de encuentro entre los diferentes sectores sociales de Villa Quimey están ampliamente reducidas, lo cual ayuda a sostener las diferencias. Por otro lado, a este desconocimiento sobre el vecino que vive del otro lado del muro se le suma la construcción de una imagen negativa del mismo. Ese “otro”, el vecino excluido, se construye como peligroso e indeseable, por lo que se justifica reiteradamente su exclusión y el prejuicio. Esta imagen del “otro” excluido se complementa con la creación de una imagen positiva de las instituciones que fomentan este orden social excluyente y discriminatorio, es decir, la del Estado y la administración policial, quienes permanentemente buscan legitimar sus procedimientos, los cuales se reservan el monopolio del uso de la violencia (cfr. cap. 6.2).

De esta manera, se otorga de forma injusta y dispar el derecho a habitar la ciudad y los coordinadores del orden social preestablecido insisten persistentemente en una concepción del espacio como “contenedor”, donde las únicas personas con derecho a vivir en Villa Quimey serían los residentes del barrio amurallado. De acuerdo a este orden, estos no deberían exponerse a amenazas

del exterior, y, por ende, al vecino de afuera del barrio. Sin embargo, esta construcción del espacio contenedor también resulta ilusoria, ya que los diversos personajes de los distintos espacios se relacionan, aunque no sin dificultades, entre sí. Por lo tanto, en la práctica se revela un espacio relacional, a saber, un barrio en donde, a pesar de los numerosos obstáculos, se establecen algunos contactos y relaciones con otros grupos sociales y otros espacios (cfr. cap. 3.1 de este trabajo).

Por lo tanto, ante esta revelación, el muro y las medidas adicionales de protección en el barrio cerrado como procedimientos de provisión de seguridad se vuelven obsoletas y hasta contradictorias, ya que, como se enseñó anteriormente, su fin no es la seguridad misma sino la reproducción de un orden social basado en las diferencias. De este modo, esta lógica excluyente se reproduce alcanzando incluso a los mismos residentes del barrio privado, que creían en esta seguridad ilusoria tan promocionada por los barrios cerrados. Confiando en esta ilusión, sus residentes apoyaron y promovieron las disposiciones de seguridad que los hacían más exclusivos, sin darse cuenta de que con ello entregaban el “derecho a la ciudad” (cfr. Locane 2016: 87; cap. 3.2 de este trabajo). De esta manera, la heterogeneidad propia del espacio urbano ya no es atendida, exponiéndose ellos mismos igualmente a las limitaciones impuestas por los sectores dominantes de estas negociaciones. Así, los residentes del barrio privado cedieron la libertad de relacionarse con otros, de moverse libremente a otros espacios, y de decidir modos de protección más justos, honestos y transparentes.

Por consiguiente, la aceptación de las medidas de seguridad en el barrio privado no solo implica restricciones y pérdidas de libertades y privilegios para los vecinos que quedan sistemáticamente afuera del muro, sino también para sus mismos residentes quienes terminan entregando el derecho a usar y habitar libremente el espacio urbano y el derecho al movimiento socioespacial irrestricto en la totalidad de la ciudad de Villa Quimey en manos de unos pocos que persiguen sus propios intereses. De esta forma, lejos de obtener mayor seguridad, estos se vuelven cautivos de un sistema maniobrado por otros, que excluye, si bien de diferentes maneras y en diferentes grados, a toda la población.

Asimismo, en tanto texto de ciudad, *El muro* también ha aprovechado diferentes herramientas narrativas para la configuración del espacio y su construcción como seguro e inseguro (cfr. cap. 4 de este trabajo). Como se ha visto anteriormente (cfr. cap. 4 y 6.2), la especificación del ambiente, la transgresión de límites de los personajes, la polifonía y los paratextos son algunas de las técnicas relevantes que componen semánticamente el espacio urbano en la novela y modelan un ambiente (in)seguro particular que influye en la acción y los personajes. En este sentido, el barrio cerrado, la aparente seguridad que se promociona en el mismo, así como el ambiente de inseguridad que se crea para implementar ciertas políticas también son concebidos a través de las técnicas narrativas. Por lo tanto, esta construcción literaria espacial también configura, junto con los fenómenos sobre seguridad

y límites analizados en el capítulo 5 de este trabajo, la inequidad en el derecho a habitar la ciudad. De esta forma, se manifiesta que la importancia del espacio urbano constituido literariamente va más allá de ser un simple *setting*, revelando los desafíos que supone el barrio privado, como la exclusión o la pérdida de privilegios ya mencionados.

De este modo, *El muro*, con el amplio espectro de herramientas a su alcance para la configuración espacial de la ciudad (cfr. cap. 4 y 6.2 de este trabajo), propone una lectura alternativa de las problemáticas urbanas actuales y los retos de los barrios privados en el mundo extratextual argentino y, en parte, latinoamericano, visibilizándolos y cuestionándolos. Sin embargo, esto no implica que la novela se lea como un reflejo de la realidad urbana. Por el contrario, *El muro*, en tanto texto de ciudad, así como Villa Quimey, en tanto ciudad textual (cfr. cap. 4), ejercen “operaciones simbólicas” que pretenden resignificar los espacios urbanos cerrados de la actualidad (cfr. Locane 2016: 91). De esta manera, ofrecen una alternativa de lectura de la ciudad real a través de la ciudad textual, es decir, proporcionan una posible interpretación del referente extratextual urbano, la cual deja al descubierto el carácter ilusorio, así como la construcción de la (in)seguridad en los barrios privados, exponiendo asimismo sus efectos excluyentes, discriminatorios, y restrictivos para todos sus usuarios. De esta forma, como intervención simbólica en el mundo real, *El muro* constituye un “espacio representacional”, permitiendo repensar las “representaciones espaciales” y las “prácticas” en la ciudad factual y, por ende, cuestionando la dinámica con la que funciona el espacio urbano real (cfr. 91; cap. 3.2 de este trabajo).

Por consiguiente, la intervención de la novela *El muro* en la ciudad real se traduce en exponer y cuestionar sus procedimientos de exclusión social y espacial, así como la creación de la (in)seguridad y la desigualdad en la misma. A su vez, este abordaje supone una valoración de la ciudad real (cfr. cap. 3.2 de este trabajo; Locane 2016: 105), señalando la probabilidad de que los populares barrios privados del mundo real no ofrezcan más seguridad y supongan las desventajas y los perjuicios explicados. Así, esta deconstrucción crítica de la lógica de la ciudad textual en la novela influye la concepción del espacio urbano extratextual. En otras palabras, esta es la manera en que la obra literaria analizada contribuye a la discusión y crítica sobre problemáticas urbanas actuales (cfr. cap. 1 de este trabajo).

En un futuro análisis de la novela y de la construcción del espacio urbano podría profundizarse en cómo se construye el espacio a través de la polifonía y el diálogo, teniendo en cuenta las diferentes perspectivas. Este punto se trató brevemente entre otros tantos fenómenos relevantes que contribuyeron a crear el espacio cerrado (in)seguro y a develar sus desafíos. Sin embargo, haciendo uso de otras teorías, como la teoría de la comunicación, podría realizarse un análisis más adecuado de este aspecto que arroje resultados interesantes en cuanto a la constitución espacial discursiva.

Bibliografía

Fuente primaria

Svampa, Maristella: *El muro*. Buenos Aires: Edhasa, 2013.

Fuentes secundarias

- Ashcroft, Bill, et al.: “Othering”, en: *Postcolonial Studies: The Key Concepts*. Nueva York: Routledge, 2º ed., 2007, 156.
- Chalfin, Brenda: “Border Security as Late-Capitalist ‘Fix’”, en: Wilson, Thomas M. / Hastings, Donnan (Eds.): *A Companion to Border Studies*. Chichester: Blackwell Publishing, 2012, 283-300.
- Grimson, Alejandro: “Nations, Nationalism and ‘Borderization’ in the Southern Cone”, en: Wilson, Thomas M. / Hastings, Donnan (Eds.): *A Companion to Border Studies*. Chichester: Blackwell Publishing, 2012, 194-213.
- Hönke, Jana / Müller, Markus-Michael: “Governing (in)security in a postcolonial world: Transnational entanglements and the wordliness of ‘local’ practice”, en: *Security Dialogue* 43/5, 2012, 383-401.
- Janoschka, Michael: “El nuevo modelo de la ciudad latinoamericana: fragmentación y privatización”, en: *Revista eure* 27/85, 2002, 11-29.
- Janoschka, Michael / Borsdorf, Axel: “Condominios fechados and barrios privados. The rise of private residential neighbourhoods in Latin America”, en: Glasze, G. et. Al. (Eds.): *Private Cities: global and local perspectives*. Londres: Routledge, 2006, 92-108.
- Lefebvre, Henri: *The Production of Space*. Malden: Blackwell Publishing, Traducción de Donald Nicholson-Smith, 1991.
- Locane, Jorge J.: *Miradas locales en tiempos globales. Intervenciones literarias sobre la ciudad latinoamericana*. Madrid: Iberoamericana, 2016.
- Lotman, Jurij: “Künstlerischer Raum, Sujet und Figur”, en: Dünne, Jörg / Günzel, Stephan (Eds.): *Raumtheorie. Grundlagentexte aus Philosophie und Kulturwissenschaften*. Frankfurt am Main: Suhrkamp, 7º ed., 2012, 529-545.
- Ludmer, Josefina: “Territorios del presente. En la isla urbana”, en: *Pensamiento de los confines* 15, 2004, 103-111.
- Mahler, Andreas: “Topologie”, en: Dünne, Jörg / Mahler, Andreas (Eds.): *Handbuch Literatur & Raum*. Berlín / Boston: De Gruyter, 2015, 17-29.
- Mahler, Andreas: “Stadttexte – Textstädte. Formen und Funktionen diskursiver Stadtkonstitution”, en: Mahler, Andreas (Ed.): *Stadt-Bilder. Allegorie, Mimesis, Imagination*. Heidelberg: Universitätsverlag C. Winter, 1999, 11-36.
- Margulis, Mario: “La ciudad y sus signos”, en: *Estudios Sociológicos* 20/3, 2002, 515-536. Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=59806001>.
- Müller, Markus-Michael: *The Punitive City. Privatized Policing and Protection in Neoliberal Mexico*. Londres: Zed, 2016.

- Müller, Markus-Michael: *Public Security in the Negotiated State. Policing in Latin America and Beyond*. Nueva York: Palgrave Macmillan, 2012.
- Neumann, Birgit: “Raum und Erzählung”, en: Dünne, Jörg / Mahler, Andreas (Eds.): *Handbuch Literatur & Raum*. Berlín / Boston: De Gruyter, 2015, 96-104.
- Newman, David: “The Lines that Continue to Separate Us. Borders in Our ‘Borderless’ World”, en: Schimanski, Johan / Wolfe, Stephen (Eds.): *Border Poetics De-limited*. Hanóver: Wehrhahn, 2007, 27-57.
- Nitsch, Wolfram: “Topographien: Zur Ausgestaltung literarischer Räume”, en: Dünne, Jörg / Mahler, Andreas (Eds.): *Handbuch Literatur & Raum*. Berlín / Boston: De Gruyter, 2015, 30-40.
- Nünning, Ansgar: “Formen und Funktionen literarischer Raumdarstellung: Grundlagen, Ansätze, narratologische Kategorien und neue Perspektiven”, en: Hallet, Wolfgang / Neumann, Birgit (Eds.): *Raum und Bewegung in der Literatur. Die Literaturwissenschaften und der Spatial Turn*. Bielefeld: Transkript, 2009, 33-52.
- Nünning, Ansgar / Nünning Vera: *An Introduction to the Study of English and American Literature*. Stuttgart: Klett, 12° ed., 2014.
- Pérgolis, Juan Carlos: *Ciudad fragmentada*. Buenos Aires: Nobuko, 2005.
- Schimanski, Johan: “Border Aesthetics and Cultural Distancing in the Norwegian-Russian Borderscape”, en: *Geopolitics* 20, 2015, 35-55.
- Schimanski, Johan / Wolfe, Stephen: “Entry Points: An introduction”, en: Schimanski, Johan / Wolfe, Stephen (Eds.): *Border Poetics De-limited*. Hanóver: Wehrhahn, 2007, 9-26.
- Svampa, Maristella: *La sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo*. Buenos Aires: Taurus, 2005.
- Svampa, Maristella: *Los que ganaron. La vida en los countries y barrios privados*. Buenos Aires: Biblos, 2° ed., 2008.
- Tozzi, Liliana: “Representaciones del espacio urbano y configuraciones identitarias en la literatura argentina del siglo XXI”, en: *Visitas al patio* 11, 2017, 69-87.
- Van Houtum, Henk: “Remapping Borders”, en: Wilson, Thomas M. / Hastings, Donnan (Eds.): *A Companion to Border Studies*. Chichester: Blackwell Publishing, 2012, 405-418.
- Wiegand, Felix: “David Harvey: Social Justice and the City”, en: Frank Eckardt (Ed.): *Schlüsselwerke der Stadtforschung*. Wiesbaden: Springer VS, 2017, 221-237.
- Wirth, Uwe: “Paratext und Text als Übergangszone”, en: Hallet, Wolfgang / Neumann, Birgit (Eds.): *Raum und Bewegung in der Literatur. Die Literaturwissenschaften und der Spatial Turn*. Bielefeld: Transkript, 2009, 167-180.

Fuentes de internet

- Bachmann-Medick, Doris (2019): “Cultural Turns”, Versión 2.0, en: Docupedia-Zeitgeschichte, 17.06.2019. Fuente: <http://docupedia.de/zg/Bachmann-Medick_cultural_turns_v2_de_2019> (22/12/2019).

Eigenständigkeitserklärung

Hiermit versichere ich,

Vorname, Name: Silvana B. Sutich-Feierabend,

dass ich die anliegende Arbeit

Studienfach / 1. Gutachter(in): Prof. Dr. Anja Bandau

Titel der Arbeit: Problemáticas urbanas en *El muro* de Maristella Svampa: el espacio del barrio cerrado y sus desafíos

selbständig verfasst habe und keine anderen als die angegebenen Quellen und Hilfsmittel benutzt wurden. Alle Stellen der Arbeit, die wörtlich oder sinngemäß aus anderen Quellen übernommen wurden, habe ich als solche kenntlich gemacht. Die Arbeit hat in gleicher oder ähnlicher Form noch keiner Prüfungsbehörde vorgelegen.

Mit der Übermittlung meiner Arbeit auch an externe Dienste zur Plagiatsprüfung durch Plagiatssoftware erkläre ich mich hiermit einverstanden (bitte unten ankreuzen)

ja

nein

Hannover, den 19.03.2020

Ort, Datum

Unterschrift